Entre la Iglesia y el Reich

Por el P. Julio Meinvielle

Publicada originalmente en Buenos Aires, por la Editorial ADSUM,
en el año de 1937

Lunático Ediciones.

Prólogo.

No me siento con la vanidad suficiente para prologar nada. Sin embargo, creo que es deber de todo católico el hecho de promover la lectura que haga posible el conocimiento de la verdad. Y este es el objetivo.

Esta edición la hago con el fin de que por lo menos luzca más como un libro el actual opúsculo -denominación que le da el propio Padre Meinvielle, y no yo- que como un simple panfleto que circule en fotocopias y que se pueda desechar. Esta edición tiene como fin que circule lo más rápido posible, para abrir los ojos a todos aquellos que están engañados por la fábula de que el nazismo y el catolicismo son compatibles. Nada más lejano de la realidad.

Dice Heinrich A. Rommen en *El Estado en el pensamiento católico*, refiriéndose a los estados totalitarios tales como la Alemania Nazi que *"La voluntad nacional, la conciencia colectiva de la nación, se convierte en el "Líder"; no es que el "Líder" sea un representante, un agente u órgano de la nación. Al contrario, el Líder es la nación; su conciencia y su voluntad no apoyan a la nación; en realidad son la conciencia de la nación. La consecuencia es que no es posible apelar a una ley moral suprema, al imperio de la conciencia, a la ley natural. La nación, formada por células totalmente determinadas, se sustancializa y, de manera misteriosa, materializa su voluntad y conciencia en el "Líder". Por tanto, el "Líder" es una ley en sí mismo. Ésta es, entonces, la razón en el nazismo de ese descarado irracionalismo político y de ese radical oportunismo político, para el cual no existen ni el derecho internacional ni los derechos individuales inalienables, ni una ley natural suprema válida para todos los hombres ni una ley moral válida en política. Cualquier apelación a*

valores morales y espirituales que trasciendan la nación se convierte en traición." [1]

No hay nada más que decir en ese sentido: La Alemania Nazi elimina cualquier rasgo que pueda denotar disidencia en cualquier materia, incluyendo la religiosa, y eso simplemente se opone a la Santa Fe Católica. No podemos, por lo tanto, permanecer de brazos cruzados y pretender que nada pasa de estas correlaciones tan absurdas. Por el contrario: Hay que combatirlas con las armas que tengamos.

El Padre Meinvielle fue un contemporáneo de lo ocurrido, y describió la situación que estaba pasando en relación con los católicos en la Alemania Nazi dos años antes que estallara la Segunda Guerra Mundial, por lo que nadie puede acusarle de ser un promotor del Holocausto y de la supuesta Leyenda Negra -por otra parte, bien ganada- del régimen nazi.

Amén a lo dicho por el propio padre, insertamos la Encíclica *Mit brennender sorge* (Con viva preocupación) en donde se advierte la condena que hizo la Santa Sede al régimen Nazi. Por lo tanto, no es dable insinuar que la Iglesia estuvo involucrada ni siquiera superficialmente con los nazis. Además de lo anterior, se inserta el mapa de los votos católicos en las elecciones que llevaron al poder a Hitler, donde es evidente que los católicos alemanes se mostraron profundamente en contra de semejante demencia.

Que Dios lo ilumine a Usted, querido lector, para comprender y emprender la lucha por la verdad, no sólo en este tema, sino en todos los que atañen a Nuestra Santa Fe.

R.R.C.

---

[1] Dicha obra se puede consultar en inglés. Estamos trabajando en una traducción castellana.

Introducción.

La magnitud tan desconcertante de los acontecimientos que se desarrollan en el mundo hace pensar, cada vez más seriamente, que estamos entrando en una época, en la cual los hombres, olvidándose de las diferencias accidentales que siempre los han dividido, como la nación, la clase, la lengua, se sientan divididos por algo más profundo y auténtico como es la sangre que corre por sus venas.

Se pudo creer hasta hace poco que la sangre corría tan mixturada en las actuales generaciones que era cosa completamente absurda clasificar por ella a los hombres.

Sin embargo, yo mismo tuve oportunidad de poner en relieve, cómo hay un pueblo, el pueblo judío, en el cual desde hace 4000 mil años corre la sangre de su Padre Abrahán, y que se mantiene sin contaminarse y sin confundirse en medio de todos los pueblos. La raza judía, la sangre judía, el pueblo judío – dígase lo que se quiera para su gloria o para su vituperio – es inconfundible.

He aquí que es necesario llamar la atención ahora sobre la existencia de otro pueblo antiquísimo y grande, el pueblo germánico, que hoy en el siglo XX de la humanidad redimida, quiere levantar el poderío de su grandeza sobre la pureza incontaminada de su raza y de su sangre, buscando reconstituir lo germánico, lo ario, porque fuera de allí no puede existir nada bueno ni excelente.

Y si hay un problema judío, también se plantea ahora un problema germánico. De este problema quiero ocuparme aquí. Y no para estudiarle en toda su proyección histórica ni en todos sus aspectos sino tan solo, en algo profundo y esencial como es la posición que el pueblo germánico quiere tomar frente a Cristo.

Si Cristo ha dicho y lo ha realizado en los dos mil años de Cristianismo que *"no hay distinción de judío ni griego; ni de siervo ni libre; ni tampoco, de hombre ni mujer; porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo". (San Pablo a los Gálatas, III, 26)* es evidente que ha de plantearse un problema angustioso dentro de Alemania, entre aquellos que no quieren conocer más grandeza que el poderío de su sangre y de su raza incontaminadas y aquellos otros que no quieren sino la grandeza de haber sido redimidos con la sangre de Jesucristo. Es evidente que ha de plantearse en Alemania una lucha, lucha gigantesca, la más tremenda quizás de su historia, entre la Alemania que quiere ser pagan, y la que quiere conservarse cristiana, entre la Iglesia y el Reich.

I. Profundidad del conflicto.

Antes de entrar en el estudio del conflicto, nos hemos de convencer que no puede ser este un mero episodio de lucha como tantos otros que registra la historia. Debe ser un conflicto profundo por- que echa raíces en lo que el pueblo alemán tiene de más profundo. Por esto, creo del todo necesario, para hacerse cargo de la proyección del conflicto, echar una ojeada rápida pero certera en la historia de Alemania.

Tres grandes ciclos abarca esta historia para los fines del presente estudio. La Alemania pagana de los antiguos germanos; la Alemania cristiana del Santo Imperio Romano-Germánico; y la Alemania descristianizada que arranca desde Lutero y parece culminar en la Alemania Nacional-Socialista.

La Alemania pagana de los antiguos germanos.

Hubo una época en que Alemania fue pagana y enteramente pagana. Tácito, el famoso historiador clásico, nos describe el año 98 de nuestra era, en su Germania, las costumbres de los alemanes. Los antiguos germanos, a la derecha e izquierda del Rhin, al sur y al norte del Danubio, adoraban a una muchedumbre de dioses, Mercurio, Hércules, Dónar y Wotan, Tuisco y Thor, Castor y Pólux. Los dioses germánicos formáronse según el modelo de hombres insignes. Es un hecho que los antiguos moradores de Germania, en sus bosques

y pantanos, practicaban una superstición salvaje, como "apenas en otro pueblo se ha visto" y que como en todos los pueblos anteriores a la Biblia, se consideraba como un deber moral la venganza de sangre.

En tres cosas eran sin embargo los antiguos germanos, modelos de rectitud, por donde Tácito pudo presentarlos como ejemplos de moralidad. Modelos de lealtad, seguían a su capitán en paz y en guerra una vez que le habían dado palabra *(cap. 24)*, modelos de hospitalidad que se practicaba entre los germanos "como en ningún otro pueblo" y modelos por el gran concepto que tenían de la fidelidad conyugal. Desaprobaban los matrimonios con otros pueblos para que no degenerase su noble raza. Esta costumbre – dice Tácito – desapareció cuando los Galos cruzaron el Rhin. *(Ver Cardenal Faulhaber, Judaísmo, Cristianismo, Germanismo).*

La Alemania cristiana del Santo Imperio Romano-Germánico.

Desde el siglo VI los monjes de Escocia y otros misioneros particulares, congregaron a las razas germánicas ante la cruz y el altar.

En el siglo VIII reunió con mano fuerte San Bonifacio, el verdadero apóstol de Alemania, los trabajos esporádicos de los antiguos misioneros, que habían trabajado independientes unos de otros, dándoles organización eclesiástica, fundando siete obispados y celebrando varios sínodos. Por fin fue nombrado representante del Vicario de Cristo para toda Alemania. El 5 de junio del año 754 murió San Bonifacio y murió mártir con el Evangelio en. la mano. Entonces fue de nuevo regado el suelo alemán, dice el Cardenal Faulhaber, de quien son estas notas históricas, con sangre de mártires; entonces pudo crecer espléndidamente la plantación de Dios.

Poco después Carlomagno obligó, con fines políticos a los sajones, en parte violentamente, a que se convirtieran al cristianismo, porque sabía que sin unidad religiosa no era posible la unidad política de aquella raza. Con el himeneo del cristianismo y del germanismo, logró el pueblo alemán ser un pueblo y ser un pueblo culto.

Y desde entonces alcanzó Alemania un florecimiento admirable tanto en su vida religiosa como en. su vida cultural habiéndole tocado, como vocación particular en la Cristiandad, ser como el brazo secular, la espada al servicio de la Santa Iglesia. Juan Janssen *(La Cultura Alemana, antes y después de Lutero, traducción de Ramón Ruiz Amado)* nos describe con su extraordinaria autoridad de historiador la historia alemana del siglo XV, la época más fértil y rica en ideas. *"Casi inagotable parecía la abundancia de personalidades grandes, nobles, de firme carácter, que en sus clases y auditorios, como en sus tranquilos talleres del arte y de la erudición, trabajaban en la evolución de la vida intelectual. Su amor a la Iglesia elevaba y fomentaba la adhesión a su pueblo y a su patria, y su entusiasmo por el Imperio romano de la Nación alemana... Como alemanes, bajo el Emperador y el Imperio, se sentían distintos de las demás naciones; pero bajo el señorío y protección de la Iglesia universal, la conciencia de esa diversidad, no producía una hostilidad nacionalista, y mucho menos una enemistad hereditaria, sino simplemente, una viva emulación espiritual con los demás pueblos... La cultura no separaba a los pueblos, antes bien los unía y enlazaba. Todos los pueblos cristianos tenían un solo enemigo común: el Turco, el "enemigo hereditario del nombre cristiano".* El combate en común contra él, bajo la dirección del supremo jerarca de la Iglesia, lo consideraban todos los varones de aquella época como una de las más altas incumbencias de la Cristiandad.

La Alemania descristianizada

Lutero rompe este bello equilibrio de la unidad germánica dentro de la universalidad de los pueblos, realizada bajo el signo de la Cruz. Una parte de Alemania se vuelve contra la otra parte. Ya entonces, Austria está virtualmente contra Prusia y Prusia contra Austria. Ambas permanecen cristianas. Pero al separarse la una de Roma, centro del cristianismo por disposición divina, se descristianiza. La rebelión protestante introduce en Alemania un fermento de soberbia cuyo término lógico no puede ser otro que la adoración de la propia raza y por ende la regresión a la concepción pagana de la vida de los antiguos germanos. El autor racista del siglo pasado Chamberlain, precursor e inspirador de los modernos racistas germánicos es precisamente quien observa que la Reforma no es asunto puramente eclesiástico, sino que es la rebelión del alma germánica contra la tiranía antigermánica. (*La Genèse du Siècle XIX, Edition Française par Robert Godet*).

Una concepción pagana de la vida, abiertamente estatolátrica, con el endiosamiento de todo lo alemán y el desprecio absoluto de lo no-aleman, fue obra expresa del gran filósofo kantiano, Fichte, quien, reaccionando contra la exaltación de lo extranjero, que fue un delirio en tiempo de Federico II de Prusia, inicio después de las guerras napoleónicas la exaltación de lo alemán en sus famosísimos Discursos a la Nación Alemana.

"Todos los siglos" – proclamaba Fichte – *"todo los prudentes y nobles corazones que pasaron por la tierra, en todos sus pensamientos y en todas sus aspiraciones levantan sus ojos suplicantes hacia Alemania; la propia Providencia y el plan divino del Universo conjuran a Alemania para que salve su honor y su existencia... En vosotros, ¡oh alemanes! está el germen de la perfección humana y la esperanza de todo progreso. Si faltáis a vuestra vocación, si perecéis, morirá con vosotros y para todo el género humano hasta la sombra de esperanza de*

salvarse del abismo de su corrupción"... Por consiguiente, no hay lugar a dudas: si perecéis toda la humanidad perecerá sin esperanzas de levantarse nunca". (Discurso 14).

Estos delirios pangermanistas no abandonaran ya los cerebros de casi media Alemania con Prusia a la cabeza. Y se iniciara, entonces la unificación política y cultural de toda la Alemania bajo la hegemonía del espíritu y del régimen prusiano. Bismark, el Canciller de hierro, trabajará con el sentido de estos planes hasta vencer a Austria en Sadowa, a Francia en Sedán... y ser vencido por Roma en el fracasado *Kulturkampf*. Todo lo no germánico debía ser aniquilado. Austria por representar la Alemania bajo la influencia cristiana, Francia por ser la encarnación de la cultura extranjera, y los católicos por su. dependencia de Roma.

Con estos delirios de grandeza fue Alemania a la guerra mundial, pero fue hollada por el demoliberalismo que le puso condiciones humillantes en el célebre Tratado de Versailles.

II. El orgullo alemán no fue vencido.

Pero el orgullo alemán no fue vencido. Y así, al día siguiente de firmada la paz, se fue formando en el seno de la Alemania vencida, un movimiento de liberación germánica que cristalizó en dos hombres: Ludendorff, el gran mariscal de los Ejércitos alemanes y Hitler, conocido entonces como propagandista fanático del movimiento de apostasía, *Los von Rom* (Abandonemos Roma) *(La Croix, 11.12.23)* Hitler, el verdadero inspirador de Ludendorff estaba ya entonces en relaciones con Alfredo Rosenberg que vendrá a ser como su cabeza pensante. (Ver Documentation Catholique, 19.7.24). Un ruidoso proceso tiene lugar en Múnich el año 1924, en el que los acusados Ludendorff y Hitler formulan sensacionales manifestaciones de antisemitismo, antimarxismo, y anticristianismo y de profunda fe en la raza germánica.

El movimiento se afirma como profundamente racista y va dirigido contra todos los elementos considerados extraños al verdadero germanismo. Invocando a Nietzsche, Gobineau *(Essai sur l'inégalité des races),* Chamberlain *(Die Grundlagen, des 19 Jarhunderts)* toma por emblema la "cruz gamada" y lucha contra los enemigos del interior, comunismo, marxismo, plutocracia, materialismo, pueblo judío, *"otros tantos parásitos sobre el cuerpo del pueblo alemán". (Declaración de Ludendorff, Kreuzzei- tung 6.11.23).* contra el parlamentarismo y contra los partidarios de la Constitución republicana de Weimar, contra Francia y el Tratado de Versailles, contra Roma y los católicos.

Hitler decía textualmente ya en 1924: *"La nueva Iglesia Alemana debe ser una iglesia aria. No debe ser como la Iglesia católica, una iglesia universal; debe ser una iglesia estrictamente alemana. Nosotros no queremos otro Dios que Alemania; el fanatismo en nuestra fe, en nuestra esperanza, y en nuestro amor por Alemania, eso solo es nuestra religión".*

Y Ludendorff, siempre brutal en su expresión, decía: *"En la Iglesia Católica encontramos nuestro más Peligroso enemigo. El peligro negro en Alemania es más grande que el peligro rojo" (La Croix, 9-10.12.23).*

El Partido Nacional-socialista

El partido Nacional-Socialista se presenta entonces en Alemania con esta significación. No es un. partido más, junto a los partidos democráticos que entonces dividían a la opinión alemana. Es un partido que se presenta con una concepción total de la vida, con una *weltanschauung* que debe plasmar totalmente al pueblo y al estado alemán. El programa del Partido contenía sobre todo un. párrafo muy sugestivo, el párrafo 24 que decía textualmente: *"Nosotros queremos la libertad de todos los credos religiosos dentro del Estado alemán, siempre que no pongan en peligro su existencia o no choquen contra las costumbres y la disciplina moral del pueblo alemán. El partido, como tal profesa un cristianismo positivo, sin ligarse, bajo el aspecto confesional a ningún credo determinado".*

Aunque este texto no expresaba manifiestamente la incompatibilidad de la Iglesia con la concepción cultural del Partido, aludía a ella directamente, sobre todo si se interpretaba a la luz de las manifestaciones autorizadas de los más conspicuos dirigentes del Partido. De aquí que, con gran justicia, el Obispo de Maguncia prohibiese en septiembre de 1930 – y en ello no hacía sino seguir una norma constante del episcopado alemán – a los católicos *"ser miembro inscripto*

del partido de Hitler" y *"ordenaba negar los sacramentos a los afiliados a dicho Partido".* Y como el Partido le preguntase oficialmente a que obedecían estas prohibiciones, contestase a su vez el Obispo: *"Nos debemos dar estas Instrucciones porque el Programa del Partido Nacional-Socialista contiene principios incompatibles con la doctrina católica. Sobre todo, el párrafo 24 del programa no lo puede aceptar ningún católico sin renegar de su fe".* Este párrafo dice que el Partido acuerda libertad a los credos que no pongan en peligro su existencia y los jefes reconocidos del Partido incluyen a la Iglesia Católica entre los credos peligrosos para el Estado como Gottfrido Feder, miembro del Reichstag, quien afirma: *"Personas nacidas en Alemania pero que conscientemente ejercen una acción destructora sobre la nación y el pueblo porque siguen órdenes políticas venidas del extranjero (con esto se designa evidentemente a los cató- licos) no pertenecen a la comunidad de destino alemán, no pueden ejercer derechos políticos, lo mismo que los judíos, y nosotros tendremos que excluir a muchos del honor de ser ciudadano alemán". (El Partido Nacional-Socialista y sus concepciones esenciales).* E1 párrafo 24 en su segunda parte dice que el Partido acuerda libertad a las confesiones que no choquen con las costumbres y la disciplina moral de la raza germánica, y sabido es, que mientras el Cristianismo predica el amor del prójimo, los escritores del Nacional-Socialismo predican la glorificación de la raza germánica y el. desprecio de las razas extranjeras. Por fin el párrafo 24, en su tercera parte, dice que el Partido profesa un cristianismo positivo. *"Nos Preguntamos, dice el Obispo, ¿qué hay que entender por cristianismo positivo? Los jefes del Partido Nacional-Socialista quieren un dios alemán, un cristianismo alemán y una Iglesia alemana. Gottfrido Feder dice: «Ciertamente el pueblo alemán encontrará una forma para su confesión de Dios, su experiencia de Dios, como lo exige su sangre nórdica; entonces será completa la trinidad de sangre, de fe y de Estado".*

El "Mito del siglo XX" de Rosenberg.

La concepción cultural y religiosa alemana, profunda y exclusivamente germánica que estaba en potencia desde los primeros días del Partido, en 1920, encontró la cabeza que la elaborase y sistematizase. Rosenberg ha realizado la tarea más importante y perniciosa del Partido. De todos los dirigentes del Nacional-Socialismo ninguno con más autoridad que él para representar las ideas culturales del Partido. Por algo Hitler le ha nombrado, por decreto del 24 de enero de 1934, *"Director de toda la formación espiritual e intelectual y de la educación del Partido y de todas las asociaciones sincronizadas lo mismo que de la obra 'La Alegría hace la fuerza".* De aquí que para entender el problema alemán sea necesario exponer *"la concepción filosófica de la vida"* elaborada por Rosenberg en su *"Mito del Siglo XX"* para la raza germánica.

La podemos resumir así: *"En el principio existía la raza nórdica de ojos azules y de cabello rubio. Viniendo de las regiones polares ha esparcido por la tierra todo lo que es perfección y civilización. Todo mal proviene de influencias extranjeras ejercidas sobre esta raza nórdica. La influencia extranjera principal proviene del cristianismo eclesiástico, "síntesis de corrupción siro-judaico-etrusca". Las doctrinas de la Iglesia Católica, en la medida en que no son un remedo del pueblo germánico, no son sino trasposiciones bastardas de algunos mitos siríacos y persas; pero los herejes han sido en todos los tiempos los nobles defensores de la raza y de la civilización contra este Cristianismo. Todo lo que es de la Iglesia es malo, todo lo que se opone a la Iglesia es noble".*

Las blasfemias que cubren el libro, casi en su superficie total se ensañan particularmente con la sagrada persona del Papa, de quien dice: *"La Piedra angular en la filosofía del medicastro ha sido creada en el Concilio Vaticano. Este Concilio declaró que el medicastro mientras dura en sus funciones, era un dios, un dios infalible. De aquí en adelante... Dios está representado por el*

sistema romano coronado por el medicastro, dotado de todo poder que se llama el Papa".

La conclusión que se desprende del libro de Rosenberg se resume en que el cristianismo, tanto el católico como el protestante, es extraño a la raza germánica, es un cristianismo negativo (obsérvese el término), que no corresponde al alma alemana, que forma un obstáculo a las energías orgánicas de los pueblos de raza nórdica y que debe dejar lugar y debe revalorizarse en un cristianismo germánico. Y este es el cristianismo "positivo" de que habla el párrafo 24 del Programa Nacional-Socialista, cristianismo positivo que excita y renueva las fuerzas de la sangre nórdica. *"Hoy se despierta una nueva fe, el mito de la sangre... la fe de que la sangre nórdica está figurada en este misterio que ha substituido a los antiguos sacramentos y ha triunfado de ellos".*

A nadie puede sorprender que siendo este el contenido infame de este libro, el episcopado alemán en admirable Carta Colectiva, de junio de 1934, sobre el Neopaganismo alemán, haya protestado con palabra enérgica: *"Nosotros no podemos callarnos cuando un libro que de una manera tan radical, sirviéndose de un número de imposturas, se esfuerza por socavar la fe en Dios, la religión cristiana y el respeto de la autoridad de Cristo y de la Iglesia, es difundido en las escuelas, en los círculos docentes, en los cursos de dirigentes, en los campamentos de trabajo y se tiende a ponerlo como base de la concepción del - inundo de todas las capas de la población".*

Hitler y Rosenberg.

A nadie puede sorprender tampoco que siendo ésta la substancia filosófica del Nacional- socialismo, y no puramente teórica sino con una irresistible fuerza de expansión como cosa adentrada en el alma germánica, haya sido el Partido de Hitler condenado en diversas ocasiones por el episcopado alemán.

Sin embargo, muchos católicos, y entre ellos el Canciller Von Papen, que sentían grandes simpa- tías por el Partido, no precisamente por este contenido filosófico, sino por su oposición al demoliberalismo, han querido disminuir esta peligrosidad atribuyéndola no al Partido mismo, encarnado en Hitler, sino a un grupo de teóricos exaltados, que habrían de ir cediendo ante las fuerzas de las circunstancias. Esto era como aguardar una ruptura entre Hitler y Rosenberg.

Podía dar pie a esta esperanza el hecho de que Hitler no parecía solidarizarse con este grupo y que a las protestas de los católicos respondía que los escritos de Rosenberg no eran *"producciones oficiales del Partido"*. Pero el hecho real que echa por tierra todas estas esperanzas es que el Canciller Hitler ha nombrado a Rosenberg, Director general del movimiento cultural de Alemania, promotor poderoso de esta Concepción del mundo, infalible, indivisible, ineluctable; que en Nuremberg ha proclamado que nadie como Rosenberg la ha comprendido tan profundamente; y que, en todos los campamentos, el Mito de Rosenberg ocupa un lugar junto a *Mi Lucha* de Hitler, como libros sagrados, que no se pueden discutir.

Arturo Dinter, uno de los grandes dirigentes del Nacional-Socialismo de la primera hora, escribía en 1931, en el fascículo 38 de su Espíritu del Cristianismo: *"Aquel que cree en una ruptura posible entre Hitler y Rosenberg no conoce hasta qué punto ha ligado el diablo, uno al otro, de suerte que no podría uno vivir sin el otro. Rosenberg es el espíritu y Hitler el cuerpo de un misino individuo".*

Por otra parte, el hecho real es que muchos sacerdotes han sido arrestados y deportados a los campos de concentración por el mero hecho de criticar la obra de Rosenberg, como era su obligación pastoral. Así el P. Alberto, Fritsch, de 73

años de edad, cura de Hellefeld, el P. Kenter, de Dresde, el P. Guillermo Dammer, de Gustorf, etc. *(Ver Documentation Catholique, 36, col. 1057).*

III. El Partido Nacional-Socialista en el poder.

Con este Programa cultural se presentaba entonces al pueblo alemán el Partido Nacional- socialista. Penetrando profundamente en el prusianismo del alma alemana, llamemos así a lo que el alma alemana tiene de pagano, de rebelde al cristianismo, porque en Prusia y en la Alemania del norte se localiza particularmente esta rebeldía, no sólo era un partido que ofrecía la del pueblo alemán, puesta en peligro en el interior por los partidos y fuerzas demoliberales y en el exterior por la política anglo- francesa, sino que pretendía ofrecerle una liberación total de su ser, tanto religiosa como racial, una concepción del mundo, la única que se conformase con la raza germánica y la única que podría lograr la unificación de los alemanes en un poderoso imperio, sueño dorado desde antiquísimos tiempos.

La Iglesia no podía dejar de oponerse a un tal Partido que le negaba radicalmente la existencia en el suelo alemán y se opuso con toda energía no por su programa de liberación política sino por el de liberación totalitaria, *weltanschauunglica.*

Pero el pueblo alemán, católico sólo en su tercera parte, se dejó arrastrar por el hitlerismo, atraído sobre todo por la liberación política que le ofrecía. Y así el Partido, año tras año, fue ganando pode- río hasta que el 30 de enero, Hitler,

después de unas elecciones victoriosas, en que conquistó 17.277.185 sufragios, asumió el poder con el título de Primer Canciller del Reich.

Y entonces, ya en. el poder, y con poderes totales, ¿qué actitud toma Hitler con respecto a la Iglesia? Nos lo dice claramente en su declaración gubernamental, leída en el Reichstag el 23 de Marzo de 1933, cuando después de rechazar todo compromiso con los grupos ateístas, añade: *"El gobierno nacional ve en las dos confesiones cristianas factores de una importancia capital para la preservación de nuestro valor como nación. Respetará las convenciones que estas comunidades han concluido con los Estados. Sus derechos serán respetados. Pero descuenta y espera que recíprocamente será apreciado el trabajo de resurgimiento nacional y moral de nuestro pueblo, cuya tarea ha emprendido el gobierno".*

Y, a su vez, ¿con qué actitud responde el episcopado alemán a los buenos propósitos formulados por Hitler? Exprésala claramente la Declaración de la Conferencia episcopal de Fulda del 3 de junio de 1933. "En estos últimos años los Ordinarios de la diócesis de Alemania, preocupados de su deber de conservar la fe católica en su pureza y de proteger la misión y los derechos inviolables de la Iglesia Católica, han tomado una actitud de oposición al movimiento Nacional-Socialista por interdictos y advertencias, destinadas a durar todo el tiempo y en la medida en que estas razones persistiesen.

Es necesario actualmente reconocer que el representante supremo del gobierno del Reich, al mismo tiempo jefe autoritario de este movimiento, ha hecho declaraciones públicas y solemnes que tienen en cuenta la inviolabilidad de la doctrina de la fe católica y de la misión y de los derechos inmutables de la Iglesia y en las cuales el gobierno del Reich asegura expresamente que los tratados de Estado concluidos entre la Iglesia y ciertos países alemanes conservarán su vigor. Sin abrogar la condenación de ciertos errores religiosos y morales incluidos en sus declaraciones precedentes, el episcopado cree poder expresar su confianza en

que los susodichos interdictos y advertencias no deberán ser considerados como necesarios. El cristiano católico, para quien la voz de la Iglesia es sagrada, no tiene necesidad, aun en el momento presente, de ser especialmente exhortado a la lealtad para con la autoridad legítima y al cumplimiento consciente de los deberes civiles, rechazando, por principio, toda conducta ilegal y revolucionaria".

De estas declaraciones pareciera surgir que una vez llegado al poder el Nacional-Socialismo, se había establecido la paz entre él y la Iglesia, porque a las promesas de libertad para la Iglesia que formulaba el Führer, respondía ésta, con los propósitos sinceros de una colaboración leal con el nuevo gobierno.

El Concordato entre la Iglesia y el Reich.

El Concordato, que firmaba en Roma el 20 de julio del mismo año de la ascensión de Hitler al poder, el Cardenal Pacelli en nombre del Santo Padre, y el Vicecanciller Von Papen en nombre del Reich alemán *"en el deseo recíproco de consolidar y desarrollar las relaciones amistosas existentes entre la Santa Sede y el Reich alemán"*, venía a confirmar estos auspicios de paz.

Por este Concordato, el. Gobierno alemán garantizaba a la Iglesia, la profesión del ejercicio público de la religión católica; la libertad de comunicación entre la Santa Sede y los Obispos y fieles de Alemania y de éstos entre sí; el respeto a los eclesiásticos en el ejercicio de su actividad sacerdotal como si fuesen empleados del Estado; el mantenimiento de las escuelas católicas y de la enseñanza religiosa en las escuelas fiscales; la protección a las organizaciones católicas de fines religiosos, culturales, caritativos, sociales o profesionales; la práctica de los deberes religiosos respectivos a los integrantes de organizaciones de juventud, sostenidas por el Reich; y en cambio la Iglesia daba plena seguridad al Reich, de excluir a los eclesiásticos y religiosos de todo partido y actividad política y de

fomentar en los católicos la conciencia del cumplimiento de los deberes de fidelidad para con la patria y el estado.

Con el Concordato quedaba entonces sellada la paz de la Iglesia y del Reich en Alemania. La Iglesia, en substancia, se comprometía a alejar a los eclesiásticos de toda actividad política, con lo que el famoso partido del Centro quedaba virtualmente suprimido, y el. Reich se comprometía, solemne- mente y a la faz del mundo, a asegurar la plena libertad de la Iglesia con el desempeño de su divina misión, en todos los dominios de su actividad espiritual.

La Alemania Católica se desbordó de gozo con la ratificación del Concordato. Se celebraron himnos de acción de gracias en toda Alemania. Los obispos dieron testimonio de felicitación y agradecimiento al Santo Padre y al Führer. Los católicos estaban prontos a adherirse al colosal programa de reconstrucción del Tercer Imperio alemán en cambio de la seguridad que se les ofrecía de no sufrir mella en la profesión pública de su fe católica.

IV. Pero había un problema hondo que no estaba resuelto.

Si hemos seguido con atención el curso de esta exposición, nos habremos percatado que el Programa del Partido Nacional-Socialista no sólo ofrecía la liberación política de Alemania, sino también su liberación *weltanschauunglica*. Es decir, quería realizar el sueño dorado de Fichte de unir a todos los alemanes y pueblos de habla alemana, pueblos del norte y del sur, del este y del oeste, en una sola y poderosa Alemania, vaciada en un nuevo y único molde de vida. Pero, ¿dónde encontrar un molde que pudiese unificar a católicos y protestantes, a cristianos y no cristianos? Podría realizarse esta unión sobre una pura convivencia económico-política. Pero una unión mucho más honda intentaba realizar el Nacional-Socialismo, que de tal suerte penetrase en las raíces del alma alemana, que estos olvidasen que eran católicos o protestantes, cristianos o no cristianos y sólo supiesen que eran nacional-socialistas. Alemania entonces se encontraría a sí misma y alcanzaría el destino de la raza germánica, raza privilegiada, heredera directa de los primitivos arios, en cuyas manos está la salud de la humanidad. Si la Alemania del siglo XX quería lograr el destino mesiánico a que se sentía llamada, tenía que someterse a lo específicamente germánico y rechazar lejos de si lo no germánico. Y no germánico era el marxismo; no germánico el judaísmo; no germánico, el cristianismo protestante; no germánico el catolicismo. De aquí que el grito Los von Rom, Lejos de nosotros Roma, sea un grito profundo y auténtico del

Nacional-Socialismo, no sólo contra una religión universal como la Iglesia sino como una evocación de las viejas teogonías del animismo ancestral a la rebelión contra las disciplinas importadas de Roma y de Francia por Bonifacio y Carlomagno. El Nacional-Socialismo siente el anhelo supremo de saltar por encima de quince siglos de influencias cristianas para volver a encontrar la pureza de la raza germánica, corrompida más tarde por el semitismo etrusco de judíos y cristianos.

Ahora bien, ¿hasta dónde podía el Concordato, resolver esta lucha honda que agitaba las entrañas más profundas de Alemania? Los hechos lo revelarían.

La paganización de Alemania.

Desgraciadamente, no habría que aguardar mucho esta revelación. Que el gobierno no estuviese dispuesto a sacrificar su programa *weltanschauunglico* lo reveló bien pronto la promulgación de la famosa ley de esterilización del 14 de julio de 1933, o sea del tiempo mismo de las gestiones del Concordato. Esta ley anticristiana que imponía la esterilización forzada de toda persona afectada de enfermedades hereditarias, estaba destinada a forjar una raza alemana fuerte e incontaminada.

Algo debía pasar en Alemania para que el Santo Padre, en la audiencia de jóvenes católicos de ese país, tenida el 27.10.33 declarara que estaba muy preocupado y sentía una gran inquietud por la religión en Alemania.

Y ¿qué podía pasar en Alemania? El 9.2.34, la Sagrada Congregación del Santo Oficio de Roma, manda incluir en el Índice de las Obras prohibidas, el "Mito del Siglo XX", de Alfredo Rosenberg, Director y promotor, ya entonces, de la Cultura en el Tercer Reich.

El 7 de junio del mismo año, los Obispos de todas las diócesis de Alemania, reunidos en. Fulda, junto a la tumba de San Bonifacio, el Gran Apóstol de Alemania, hacen. oír fuertemente su voz en una Pastoral Colectiva, en la que denuncian y condenan el Neopaganismo alemán:

"Nosotros, obispos, en nuestro carácter de maestros y pastores establecidos por Dios para dirigir a los cristianos católicos de Alemania, nosotros protestamos solemne y unánimemente contra la difusión de los errores neopaganos en nuestra patria; nosotros protestamos contra todos los insultos y todas las calumnias con las que sus adeptos cubren casi diariamente en sus discursos o en sus escritos a Dios, a Cristo y a la Santa Iglesia".

¿Qué pasa entonces en Alemania para que los Obispos protesten así tan enérgicamente en Documento público?

Pasa algo terrible, cuyo alcance voy a bosquejar lo más fielmente posible.

La persecución alemana no es sangrienta como la de Méjico, España o Rusia, pero es terrible y quizás más perniciosa. ¿Cuál es la táctica que se emplea en Alemania para anular la influencia de la Iglesia Católica? Consiste en privarla de todos los medios de influencia sobre la masa, aun católica, de la población alemana, mientras por otra parte se ejerce una grandiosa ofensiva para paganizarla. Para esto: 1º se suprime la Prensa y la Propaganda católica; 2º se suprime la escuela católica; 3º se suprimen las organizaciones católicas, sobre todo de juventud; 4º se hace una propaganda denigrante y calumniosa, a tambor batiente, contra el clero católico, so pretexto de trafico de divisas, inmoralidad, alianza con el comunismo para llevar el convencimiento de que el clero católico es enemigo del pueblo germánico; 5° se encarcelan sacerdotes y dirigentes católicos; 6° se establece una red de espionaje que alcanza hasta el confesionario; 7° se ejerce una "opresión de conciencia dura e inaudita" (Declaración de los

Obispos de Colonia, 18.11.36) sobre los católicos; 8° se organiza una propaganda de apostasía, y mientras todo esto así acaece, se emprende una campaña gigantesca para paganizar al pueblo alemán con el ministerio de Propaganda en manos de Goebbels, con la dirección de la Cultura en manos de Rosenberg, con la dirección de la juventud del Reich en manos de Baldur von Schirach, con el ministerio del Interior en manos de Frick y para servirlos a todos con la terrible Gestapo, la policía secreta de Hitler, en manos de Goering y por encima de todos el Führer, el enigmático Führer, que pareciera que todo lo puede y que nada puede; que quiere observar los compromisos del Concordato o que quiere quebrantar- los; que se hace responsable de todo lo que pasa en Alemania o que no se ocupa de ello.

Esto y nada más que esto pasa en Alemania, pero esto es terrible. Porque es quizás en el curso de la historia, dos veces milenaria de la Iglesia, la persecución sistemática, mejor calculada. Diríase que todo el prodigioso cerebro alemán se ha puesto en la tarea de deshacer la Iglesia para paganizar completamente a Alemania.

Descendamos a detalles para explicar los caracteres de esta lucha.

Supresión de la prensa y de la propaganda católica.

Para el Nacional-Socialismo la Iglesia debe abandonar el campo político que es de la esfera exclusiva del Estado. Sin entrar a discutir la legitimidad de esta pretensión, la Iglesia no ha tenido dificultad en ello y así se ha comprometido solemnemente en el Concordato. Pero ¿qué entiende por "político" el gobierno del Reich? Declarólo en un discurso el doctor Goebbels, ministro de Propaganda (Voelkischer Beobachter del 14.7.36) donde dice: "Nosotros no entendemos más por político el hecho de ocuparse de las cosas materiales de un pueblo. La

política ha tomado a nuestros ojos un carácter mu- cho más extenso. Exige que se ocupe de todas las cuestiones que tocan de alguna manera al pueblo".

Con este criterio, como es lógico, la Iglesia que se ha comprometido a no ejercer ninguna influencia en lo político, tendría que desentenderse de todo lo que toca de alguna manera al pueblo. La Iglesia debe entonces quedar amordazada en su actividad, porque ¿qué cosa hay que no toque en alguna manera al pueblo?

El ministro Frick ha declarado en repetidas ocasiones (7.7.35, 13.10.35): *"Nosotros reclamamos la desconfesionalización de toda la vida pública y política"*, y así el gobierno promulga leyes anticristianas como la esterilización y los católicos no pueden discutirla ni rechazarla, porque es atentar contra los derechos del Estado. El gobierno propaga una concepción pagana de la vida, injuriosa para la Iglesia como el Mito de Rosenberg y los católicos no pueden oponerse a ella so pena de ser traidores al pueblo alemán. La Iglesia entonces no puede hacer oír su voz. Toda la prensa de Alemania, incluso los pocos diarios católicos que han podido sobrevivir a este ahogamiento progresivo y feroz, está sometida a una implacable censura, de la que ni escapan los boletines oficiales de las diócesis. Los documentos episcopales no son conocidos del público alemán y si la grandiosa Encíclica de S. S. Pío XI ha podido ser conocida por los fieles de la Iglesia alemana, ha sido por las extremas precauciones que se tomaron para burlar la temible vigilancia de la Gestapo. Ni siquiera los libros católicos pueden circular y así han sido prohibidos según el Osservatore Romano del 30.7.36 libros como *Roma y el Cristianismo* de Mons. Hudal; *Vida de Don Bosco* del P. Lecherman; la obra del Dr. Niedemayer sobre esterilización; y *La respuesta al Mito de Rosenberg.*

La voz de la Iglesia ha sido entonces suprimida en Alemania.

Supresión de la escuela católica.

La escuela católica, tan acreditada durante todo tiempo en Alemania, estaba garantizada también por la alta protección del Reich. Pero con la clásica táctica hitlerista de exaltar por todos los me- dios la escuela oficial, llamada de la comunidad alemana y de abatir la escuela católica con mil recursos opresivos ejercidos sobre los padres de los alumnos o sobre los alumnos mismos, la escuela católica ha debido cerrarse por voluntad (¡que ironía!) de los padres católicos de Alemania. Gracias a los pre- tendidos plebiscitos populares, el porcentaje de los alumnos que frecuentan la escuela católica, ha baja- do en Múnich, en el año 35 del 87% al 54%; el año 36 al 36% y este del 37 al 3.89%.

Lo que no ha surtido resultado ha sido la tentativa de suprimir los crucifijos de las escuelas en todas las comunas de Oldenburgo. Fue tal la indignación de la población que 21 días después de promulgar la ordenanza de supresión el jefe del distrito debió revocarla, y lo hizo con estas palabras: *"Un sabio gobierno de Estado debe saber también volver atrás cuando ha dado un mal paso. La ordenanza de 4 de noviembre queda anulada. Los crucifijos quedan en las escuelas".*

Supresión de las organizaciones católicas de juventud.

El artículo 31 del Concordato garantizaba expresamente las organizaciones católicas con fines culturales y deportivos, asegurando así la vida de la magnífica juventud católica alemana, organizada espléndidamente en todos los sectores de la actividad.

Pero el Nacional-Socialismo, cuya unificación ha sido siempre la unificación de todos los grupos existentes en los cuadros de la Juventud Hitlerista (Hitlerjugend) ha debido luchar en este campo con una violencia particular.

Fácil victoria logró el Hitlerismo con las juventudes evangélicas de las que un millón de jóvenes se han visto obligados a agregarse en masa a la Juventud Hitlerista. Igual, aunque más lenta, será su victoria frente a las poderosas organizaciones católicas. La misión de Führer de la Juventud del Reich ha sido puesta en las manos ardientes de Baldur von Schirach, un pagano exaltado que ha trocado su nombre por otro de la antigua mitología germánica.

Baldur von Schirach ha emprendido con ardor la tarea de moldurar a toda la juventud alemana en los moldes de Rosenberg. *"Como jefe de la Juventud del Reich alemán, inculca con frecuencia, yo no pertenezco ni a la confesión protestante ni a la católica, yo soy nacional-socialista." "La Juventud Hitlerista no pregunta a los jóvenes cuál es su casta, o cuál es su credo, sino sólo cuál es su origen."* (Der Hitlerjugend, Idee und Gestalt).

Y estas ideas por descatolizar a la juventud católica es llevada sistemática y perseverantemente a la práctica. Así cantan los jóvenes de Hitler:

"¿Qué tiene que hacer un hijo de madre alemana
con el Papa y los papistas?
El tiempo de la Cruz ha pasado..."

En muchas escuelas secundarias se agrupa a los alumnos de las organizaciones católicas y se los hace marchar a tres pasos de distancia de los otros alumnos... En la escuela profesional de A... — denuncia el Obispo de Rotemburgo— "como preparación a la fiesta de la juventud alemana, estos alumnos fueron pesados en la báscula para ganado, a la vista de los jóvenes hitleristas que lo celebraban a carcajadas. Uno de los profesores declaró expresamente que los de la juventud parroquial eran hombres de «segunda clase»". (Protesta de Mons. Sproll, Obispo de Rotemburgo al Jefe del distrito de Suttgart, Reichspost 18.8).

Fuera de esta continua y sistemática ridiculización de la juventud católica, el Reich, por una ordenanza de Goering (18.7.35) prohibía a las asociaciones católicas del Imperio llevar uniformes, insignias o banderas, marchar en fila, realizar excursiones o campamentos públicamente, tener banda de música o conjuntos teatrales.

Además, el 12.8.3 5 el Director de la Sección Central del Reichsnaehrstand pide a los emplea- dos del mismo que traten de influir sobre los campesinos para que retiren sus hijos e hijas de las asociaciones católicas de la juventud porque en ellas están expuestos al peligro de sufrir influencias hostiles al Estado. *"De esta suerte —dice— el Reichsnaehhstand se conformará con las diferentes decisiones de las altas autoridades del Reich y del Estado."* (Servicio de Prensa de la Juventud del Reich, N° 181).

El 23.2.36 anuncia Baldur von Schirach que nadie podrá ser funcionario del Estado si no ha pa- sado por las filas de la Juventud Hitlerista y por fin el 1º de diciembre de 1936 se dicta una ley por la que se resuelve que toda la juventud alemana forme parte de la Juventud Hitlerista y se someta *"a la educación física, intelectual y moral en el espíritu del Nacional-Socialismo."*

En adelante, pues, no ha de existir ya la Juventud Católica alemana. Todos los jóvenes de Alemania, católicos y no católicos tendrán que someterse a la influencia anticristiana de Rosenberg.

Ruidosa campaña de denigración del clero.

Mientras en forma feroz se ahoga toda la actividad de la Iglesia, se realiza una propaganda formidable de difamación pública del clero católico con el propósito de romper la unión entre los fieles y sus pastores. Toda la campaña tiende a crear una conciencia pública en el pueblo alemán de horror hacia la Iglesia y sus

ministros y, en consecuencia, de la urgencia de arrancar la juventud a maestros que son corruptores públicos, los enfermos a enfermeros que son indignos de su tarea, la fortuna de Alemania a administradores fraudulentos. *"Después de las experiencias de estos últimos años* — escribe últimamente el Schwarze Korps de Himmler— *nosotros no tenemos más confianza en vuestra moral. Nosotros temblamos por la juventud que os es confiada, por los seres encomendados a vuestros cuida- dos, por la fortuna del pueblo que administráis." "Es el soplo pestilencial de un mundo de podredumbre que se nos manifiesta aquí y que hace subir hasta el cielo su hediondez. Queremos hablar de los escandalosos acontecimientos, de los que son teatros las esferas religiosas y los conventos y que nos presentan el registro completo del crimen desde el perjurio hasta el incesto pasando por el crimen sexual. Y qué pensar todavía de todo lo que ha podido suceder detrás de los muros de los monasterios y en las filas de la confraternidad romana que no ha salido fuera y que no ha sido castigado por la ley."*

Cito esto porque es el tono corriente de la propaganda de difamación que ha emprendido el ministro Goebbels.

El escándalo de las divisas.

El escándalo de las divisas abrió las puertas de la ola de fango que el gobierno del Reich iba a lanzar sobre los católicos alemanes. Recordemos rápida y secamente los hechos. El 17.5.35 se realizaba en Berlín, delante de la Cámara Criminal de Moabit el primero de los procesos de fraude fiscal contra Catalina Wiedendörfer, en religión sor Wernera, secretaria de la Orden de San Vicente de Paul, acusada de haber hecho pasar en dos años a Bélgica, violando la ley de exportación de capitales, la suma global de 250.000 marcos, propiedad de la Casa Madre de San Vicente de Paul en Colonia. El Procurador pe- día como sanción personal contra la hermana cinco años de trabajos forzados, cinco años de pérdida de los derechos civiles y 150.000 marcos de multa; y contra la "Sociedad

de Obras de Caridad de Colonia", una multa de 250.000 marcos. Estas penas fueron impuestas con entusiasmo por los jurados de Moabit con la cláusula adicional de una prolongación de catorce meses de trabajos forzados en caso de insolvencia de la hermana.

Un caso semejante se abre en Berlín cinco días más tarde. Y siete días después es la Orden de San Francisco la acusada y el R. P. franciscano Otto Goertler se ve condenado a diez años de trabajos forzados, cinco años de pérdida de los derechos civiles y 350.000 marcos de multa.

Y así han seguido los procesos.

Sin entrar a discutir la verdad de los hechos denunciados ni juzgar la culpabilidad moral que ellos encierran, observemos cómo el gobierno del Reich no ha tenido otro propósito en toda esta serie de ruidosos procesos que la simple denigración del clero católico. Lo prueba el procedimiento emplea- do. Antes del primero de estos procesos hacía más de un año que se cometían cantidad de delitos priva- dos relativos al tráfico de divisas, tanto por parte de los bancos como de los particulares. Pero cada asunto era regularizado sin alboroto y sin dar cuenta al público. Eran asuntos *unterverfungsverfahren*. Pero cuando se descubrió el tráfico ilícito en religiosos (y para ello la Gestapo hurgó en los conventos dos meses antes, el 12 de Abril (Ver Document Catholique 35, col. 1430), se llevó el asunto a la justicia y se trató de darle la más estrepitosa publicidad... se sabe que en cada proceso el ministerio de Propaganda llegó a determinar, para uso de las agencias periodísticas el uso de tipos de imprenta que debían emplearse y tuvo empeño en instalar toda una serie de micrófonos en la sala del Tribunal.

El diario de Rosenberg, el *Volskischer Beobachter*, a grandes títulos denunciaba que *"la nación alemana era defraudada por los criminales de sotana"* y el

Angriff, el segundo diario hitlerista por importancia afirmaba que las cantidades deportadas al extranjero por los religiosos eran suficientes para cubrir ampliamente las necesidades de materias primas, que tan cruelmente escaseaban en Alemania.

El escándalo de la moralidad.

No había terminado aun la impresión que el escándalo del tráfico de las divisas había producido en el público alemán cuando se suscitó otro, más ruidoso aún, sobre la moralidad y buenas costumbres del clero.

Para documentarse el gobierno alemán había realizado el 15.3.36, por medio de su Gestapo (Tijd 16.2.36) minuciosas pesquisas en los numerosos conventos, sobre todo de las regiones de Fulda, Wumzburgo y Bonn (Waldbreitbach), había igualmente controlado los archivos de las Órdenes religiosas y confiscado los documentos y cartas de los superiores, conteniendo las relaciones al general de la Orden sobre la conducta de numerosos religiosos.

Tres meses después (26.5.36) se abre en Coblenza un ruidoso proceso contra los miembros de una congregación de hermanos legos, llamada de *Waldbreitbach* y afiliada a la tercera Orden franciscana, por atentado contra las buenas costumbres. Los más insignificantes pormenores del proceso son amplificados por todos los diarios del Reich. La agencia oficial en su afán del ruido de la propaganda, da noticia en estos términos: *"Hoy comienza en Coblenza un proceso contra más de 200 miembros de la Orden de Hermanos Franciscanos, acusados de los peores crímenes de inmoralidad . . . Los actos criminales han sido cometidos en todos los conventos y establecimientos de los Hermanos Franciscanos de Renania y Westfalia..."* En realidad de los 265 miembros que tiene la Congregación en Alemania, que no son padres sino legos a excepción de su capellán, el presbítero Bernhard Steinhoff, que se ocupan del cuidado de

alienados, epilépticos e idiotas, sólo 31 fueron condenados por el tribunal inferior.

Los procesos contra la moralidad han arreciado fuertemente este año, después de la encíclica del Papa sobre la situación de la Iglesia en el Reich: Pareciera como si fuera esta la respuesta de Alemania al Papa.

El *"Deutsche Allgmeine Zeitung"* escribe últimamente: *"Cuando nos enteramos que en el curso de 400 acciones judiciales por atentado a las costumbres, mil miembros de las Ordenes católicas han debido ser inculpados, estamos obligados a decir que este negocio tan repugnante como deplorable sale del cuadro de los casos aislados. La pureza misma de nuestro pueblo está en juego y el Estado no puede tolerar ya estos abismos de inmoralidad como tampoco las maquinaciones de alta traición reve- ladas por el proceso Rossaint".*

¿Qué hay de verdad en todo esto? Según la declaración de protesta leída en todos los púlpitos del Reich, el domingo 6 de junio de este año, sobre 21.461 sacerdotes seculares, 49 han sido acusados, de los cuales sólo 21 han sido declarados culpables y los otros 28 casos fueron suspendidos. Sobre 4.174 religiosos, 9 son acusados y de éstos 1 es declarado culpable y los otros 8 casos quedan en suspenso. Glorioso clero alemán que, a pesar de la saña de enemigos poderosos, puede presentar un número tan insignificante de caídos. No se sabe qué admirar más si la rabia frenética de perseguidores desalmados o la elevación moral de un clero al servicio de Jesucristo y de su Iglesia.

A estas campañas para denigrar al clero habría que añadir la atmósfera de sospecha suscitada contra las organizaciones católicas sobre infiltración comunista y sobre un pretendido complot de católicos y comunistas, con cuyo pretexto la Gestapo detuvo el 6.2.36 a monseñor Ludwig Wolker, asesor general

de las Asociaciones de la Juventud Católica y a otros numerosos eclesiásticos y laicos de los más representativos.

Encarcelamiento de sacerdotes y dirigentes católicos.

Otro capítulo de la lucha del Reich contra la Iglesia en Alemania es el encarcelamiento de sacerdotes, tan frecuente que es la clase, la sacerdotal, que ofrece mayor número de detenidos. Las palabras del jefe del distrito de Baden, Wagner cobran una realidad sorprendente: No queremos hacer mártires, queremos desenmascarar "delincuentes."

Los motivos más fútiles sirven para ello. Unos son arrestados por *"abusos del púlpito"*, y suman centenares, otros por haber criticado el "Mito" de Rosenberg, otros por arrancar carteles injuriosos para la Iglesia. Se llenarían páginas y páginas si se pretendiese dar cuenta de todas estas detenciones.

Entre las detenciones más ruidosas se cuenta la de monseñor Banasch, canónigo de Berlín, quien fue detenido por la policía secreta y transportado a la prisión preventiva de Moabit. Había sido encargado por el cardenal Bertram, Presidente de la Conferencia Episcopal de Fulda, para reunir materiales de los numerosos incidentes en que tienen que sufrir los católicos. En esta ocasión son igualmente arrestados, el secretario de monseñor Banasch; monseñor Konerman, presidentes de las asociaciones obreras de Munster; monseñor Klemens, Secretario de la Juventud Católica; el P. Ansgar Sinniger, secretario general de la Comisión de los Superiores de Ordenes religiosas; el P. Miltenberg, vicario general de Wurzburgo y otros vicarios generales que suministraban los datos a monseñor Banasch.

De los casos más curiosos de detenciones es el del conserje de la casa de los socios de Kolping en Coblenza, Phillips, quien fue condenado a dos meses de prisión

por haber arrancado un cartel contra el catolicismo, pegado en las paredes de su casa, por la sección regional del Partido. En el juicio se declaró que los carteles de la dirección del Partido tienen el valor de carteles de la autoridad.

Una red de espionaje que llega hasta el confesionario.

Es evidente que todas estas detenciones son la consecuencia de una red de espionaje bien urdida y, por numerosos casos, se sabe que llega hasta el confesionario.

El 12.4.35, después de un proceso de cuatro días, el tribunal especial de Rostock condena al cura de la parroquia monseñor Leffers a año y medio de prisión y a los gastos del proceso, por ataques velados contra el Estado y el Partido.

¿Qué había pasado? Un estudiante, Schinke y dos señoritas Allmut Frisch y Margaret Natz se presentaron al Padre, como católicos para consultarle sobre la lectura del "Mito" de Rosenberg para denunciar luego a la justicia su respuesta. Los obispos de Baviera han denunciado en documento público (Reichspost 18.12.36) que se ha *"establecido un sistema de espionaje para vigilar la enseñanza religiosa y los hogares de familia."*

Para terminar este capítulo voy a referir un acto de espionaje hecho en el mismo confesionario: En Lugnan (Alta Silesia) un funcionario de la policía criminal había enviado a su mujer al P. Choroba, aparentemente para confesarse y preguntarle si debía enviar su niña al campamento anual del gobierno. El Padre contestó a la mujer que si la niña era enviada a un ambiente protestante estaba expuesta a per- der la fe. El funcionario denunció al sacerdote. Y acusado de excitar contra una institución del Führer- Canciller, el Padre fue juzgado por el tribunal especial de Silesia en Gleiwitz. (Documentation Catholique, 36, col. 309).

Para evitar estas celadas a los sacerdotes, los obispos han dispuesto que toda consulta hecha en el confesionario sobre puntos peligrosos sea contestada en general remitiendo a los penitentes a las disposiciones de los obispos.

Una opresión de conciencia dura e inaudita.

Para terminar este cuadro de ahogamiento de toda actividad religiosa, voy a reproducir un párrafo de la declaración de los arzobispos y obispos de las Provincias eclesiásticas de Colonia y Paderborn, que fue leída en todas las misas del 18.11.36:

"Reunidos para deliberar sobre graves negocios de la Iglesia, nosotros, obispos de las Provincias eclesiásticas de Colonia y de Paderborn, nos encontramos en presencia de un hecho doloroso: de todas las diócesis, de vastos ambientes nos hacen llegar amargos llantos por la opresión de conciencia, dura e inaudita de que son objeto los católicos. En términos llenos de tristeza, padres profundamente cristianos, nos pintan cómo, sino en todas partes, ciertamente en muchas, en las escuelas y en el seno de poderosas organizaciones, a las que pertenecen sus hijos, los maestros y jefes se aplican por las palabras y por los escritos, a hacer despreciable, a los ojos de los niños la fe de sus padres y a apartar así interiormente a estos niños de Jesucristo y de su Iglesia y por lo mismo de sus padres. Adultos que ejercen las profesiones más diversas se nos lamentan de que se abuse de su dependencia en el dominio profesional y económico para obligarlos a violar su conciencia cristiana, a despreciar los mandamientos divinos y a renegar de Cristo y de su Iglesia. Los hechos que motivan estos lamentos son tan numerosos y tan manifiestos que no se puede dudar de su fundamento. Después de tantos esfuerzos vanos para aliviar la angustia de conciencia de nuestros fieles, ha llegado la hora, en que nosotros, obispos, en calidad de representantes y pastores del pueblo católico designados

por Dios, debemos dirigirnos al público. A todos los que tienen alguna influencia sobre la marcha de los acontecimientos en nuestra patria, les planteamos esta cuestión: ¿las cosas van a continuar así? ¿a nuestro pueblo, duramente probado, no se le ahorrará el peor, el último de los males? Después de todos los sufrimientos de los últimos veinte años ¿será necesario que también las almas sean violentadas? ¿será menester que nuestro pueblo sea tan desgarrado que una parte venere a Jesucristo, su Dios y Salvador, como lo han hecho nuestros padres, mientras la otra desprecie a Jesucristo y a sus discípulos?"

V. La propaganda de apostasía.

Peor, si cabe, resulta esta opresión dura e inaudita cuando se sabe que ella responde a *"una propaganda de apostasía"* que organiza el gobierno del Reich. Así lo denuncia en carta pastoral de este mismo año (Documentation Catholique, 30 janvier 1937) monseñor Groeber, arzobispo de Friburgo en Brisgau cuando dice: *¿Acaso la audacia y la locura de Juliano el apóstata, van a predominar en nuestro país alemán, creyendo así que por medio de presión, opresión y vejación, se logrará aniquilar en pocos años lo que centenares de generaciones alemanas han adorado y venerado, y lo que, llenos de un santo entusiasmo, han creado en el dominio de la cultura, del arte y de la ciencia? ¿Acaso la propaganda de apostasía que — como tenemos el amargo dolor de saberlo — es vista no sin placer, o aún provocada y favorecida expresamente por el ejemplo y la recomendación y aún por órdenes y amenazas apenas disimulados de algunos, dará un imperdonable desmentido a la pro- mesa solemne de nuestro Führer de no querer atacar en nada las dos confesiones religiosas?*

El obispo hace alusión clara a las apostasías públicas de dirigentes nacional-socialistas que se efectuaron desde diciembre último. Así Himmler, jefe de la Gestapo, apostata de la Iglesia católica. Lutze el jefe de la S. A. (Sección de Asalto), y Roever apostatan de la confesión evangélica, etc.

De los mismos lamentos se hace eco, el corazón paternal de S. S. el Papa en su carta encíclica Mit brennender sorge a la Iglesia de Alemania, donde dice que:

"Con viva angustia y con estupor siempre creciente venimos observando ha largo tiempo el camino doloroso de la Iglesia y el progresivo exacerbarse de la opresión de los fieles.

En vuestras comarcas, venerables hermanos, voces en coro se elevan cada vez más fuertes, incitándoos a salir de la Iglesia y surgen pregoneros que por su posición intentan haceros creer que tal apartamiento de la Iglesia y consiguiente infidelidad a Cristo Rey, es una prueba particularmente demostrativa meritoria de fidelidad al presente régimen. Con presiones ocultas y manifiestas, con amenazas, con perspectivas de ventajas económicas, profesionales, civiles, o de otra especie, la adhesión a la fe de los católicos, particularmente de ciertas clases de funcionarios, es sometida a una violencia tan ilegal como inhumana. Con emoción paterna nos sentimos y sufrimos profundamente con los que tan caro pagaron su amor a Cristo y a la Iglesia, mas se ha llegado a tal extremo que está en juego el fin último y más alto, la salvación o la perdición, por consiguiente, no resta otro camino de salvación para el creyente, que el camino de un heroísmo generoso.

Cuando el tentador o el opresor se le arrima con traidoras insinuaciones de abandonar la Iglesia, entonces él no podrá sino contraponerle aún a costa de los más graves sacrificios terrenales, la palabra del Salvador: Vete, Satanás, porque está escrito: al Señor, tu Dios adorarás y a él solo servirás (Mat. IV, X). En cambio, a la Iglesia dirigirá estas palabras: ¡Oh, tú que eres mi Madre desde los primeros días de mi niñez, mi consuelo en la vida, mi abogada en la muerte, que se pegue mi lengua al paladar, si yo, cediendo a terrenales halagos o amenazas, llegase a traicionar mi voto bautismal! A aquellos finalmente que se ilusionasen poder conciliar con el abandono externo de la Iglesia la fidelidad interior para

con ella, sírvales de severa advertencia la palabra del Salvador: El que me negare delante de los hombres, negado será delante de los ángeles de Dios. (Luc. XII, 9).”

VI. La formidable ofensiva del neopaganismo.

Y mientras así en forma dura e inaudita se oprime a la Iglesia y a sus fieles, para arrancar del alma alemana todo vestigio de Cristo, con la misma violencia se trata de forjar en el pueblo alemán la idolatría de su raza*. "Por mil medios se está repitiendo un evangelio que no ha sido revelado por el Padre celestial; anillares de plumas escriben al servicio de un fantasma de cristianismo que no es el cristianismo de Jesucristo. La tipografía y la radio acosan diariamente con producciones de contenido, contrario a la fe ... y brutalmente y sin respeto atacan todo lo que debe ser sagrado y santo"* (Pío XI, Mit brennender sorge). La concepción del mundo a base de la exaltación de la raza germánica y del desprecio de lo no germánico se está haciendo carne en la masa de la población que no puede substraerse a tan formidable ofensiva.

En los campamentos sobre todo, se está forjando la Alemania pagana. Campos de concentración, campos de trabajo, campamentos de juventud hitlerista, masculinos y femeninos, campos de instrucción... Alemania está en la hora actual, cubierta de un número tan considerable de campamentos que se creería estar en plena guerra civil si todos estos campamentos no tuviesen una misma estampilla; la cruz gamada.

Sobre todo en los campamentos de dirigentes, los *Schulungslager*, campamentos de formación sometidos a una dirección especial del ministerio de Educación

Pública, cuyo objeto es el reclutamiento y formación de jefes para todos los grados de la jerarquía social, se está forjando la Alemania pagana. En estos campamentos se inculca en toda forma, a todas horas y con todos los recursos más eficaces de la psicología el contenido de esta oración de Baldur von Schirach: *"Yo no soy católico, yo no soy protestante, yo soy nacional-socialista" (Ver Hitler et Rosenberg de la Bonne Presse).*

Porque en definitiva ésta es la gran tarea del Tercer Reich alemán: Forjar un pueblo con un ideal nuevo, ideal racista, pagano, estatolátrico, en el cual se haga carne la idea de una grandeza nueva que lo absorbe todo, es a saber, que cada alemán es una partícula del Tercer Imperio Alemán, el cual con su fuerza de pura raza aria va a salvar a la humanidad.

Ante tal estado de tribulación de los obispos que no pueden hacer oír de sus fieles su palabra de pastores, de los sacerdotes y religiosos que se ven expuestos a las más humillantes y groseras calumnias, y de los fieles en general que se ven oprimidos en forma dura e inaudita en la profesión de la fe católica, el Santo Padre habló en documento público, que fue leído en todas las Iglesias de Alemania el domingo 21 de marzo del corriente año. Habló, no para romper lanzas con el gobierno del Reich; no es ésta la norma de la Santa Sede, que trata, aún en los regímenes más hostiles, de encontrar las condiciones que le permitan ejercer su influencia salvadora en bien de las almas, *"la paternal solicitud por el bien de las almas —* dice el Santo Padre — *nos aconseja tener cuenta de las escasas perspectivas que pueden todavía existir de un retorno a los pactos", sino para llevar "una palabra de verdad v de estímulo moral"* a los pobres fieles de Alemania *"sometidos de mil maneras a una organizada opresión de la libertad religiosa que los abruma por la imposibilidad de obtener informes concordantes con la verdad."* Y la palabra del Papa, que fue escuchada con devoción conmovedora por los fieles perseguidos, llevó a sus ánimos el consuelo de saber que el vicario de Cristo está con ellos; y en el resto del mundo ha servido para

unir a los fieles católicos de todas las naciones en una misma comunión, la comunión de los santos por la oración, con sus hermanos atribulados; ha servido, sobre todo, para llamar a los pueblos a la realidad de que no todo nacionalismo es bueno. Y el conflicto entre la Iglesia y el Reich allí está, tremendo, insoluble.

Porque los conductores de Alemania parece que no quieren cejar en su opresión religiosa, y los católicos, aunque sean muchas las defecciones, en su núcleo mejor y más numeroso estarán dispuestos a dar sus vidas por Cristo antes que apostatar de Él. Con ello lograrán la oportunidad de los héroes de dar el testimonio de sus vidas por Aquél a quien aman.

No será entonces la Iglesia la que saldrá perjudicada de este conflicto. El gobierno del Reich debiera tener presentes las palabras del genial Mussolini, quien el año 34 escribía, haciendo alusión al conflicto religioso de Alemania: *"Toda la historia de la civilización occidental, de la época del imperio romano hasta nuestros días, desde Diocleciano a Bismarck, nos enseña que cada vez que un Estado entra en conflicto con la religión, es el Estado quien sale vencido de la lucha".* (Documentation Catholique, 33, col. 465).

Si Dios permite estas pruebas a la Iglesia de Alemania es signo evidente de que cosas grandes aguardan a esta noble nación.

VII. Una reflexión sobre el nacionalismo.

Hagamos una reflexión final sobre el nacionalismo, con claridad, aquí, entre nosotros, donde el nacionalismo está forjando núcleos promisores.

Los pueblos hoy no pueden llamarse a engaño. Los cuatro siglos de influencia anticristiana que los han azotado no pueden sino terminar en el comunismo, si los mismos pueblos no tuercen el derrotero de este proceso degradante. El comunismo no es un fantasma. El comunismo es una realidad. La prosperidad financiera del país no soluciona, sino que exacerba el peligro comunista; porque esta prosperidad que se hace en beneficio de una clase social a costa de la otra, no hace sino aumentar el descontento y la envidia de la clase oprimida. El comunismo marca el último jalón del proceso de descristianización que abrió en el mundo la Reforma Protestante. El comunismo quiere la aniquilación total del hombre en el caos. No es un peligro, es la suma de todos los peligros que en el curso de la historia han podido oprimir a los pueblos. El Santo Padre, en la encíclica sobre el Comunismo Ateo que publicó casi al mismo tiempo que su encíclica sobre la situación de la Iglesia en el Reich, lo denuncia una vez más.

Este es el peligro supremo. Y los obispos alemanes, a pesar de la opresión con que los castiga un gobierno anticomunista no han podido menos de enseñar: *"el bolchevismo no es sólo una organización económica y política; en su esencia intima, en sus raíces más profundas, es la negación de toda religión, el ateísmo*

personificado en el Estado, una puerta del infierno, el precursor del Anticristo" (24.12.36, ver Documentation Catholique, 20 marzo 37).

Y el comunismo es un peligro real, más inminente de lo que comúnmente se cree. Hay que oponerse a él con intrepidez de varones. ¿Cómo? Con medios cristianos, en primer lugar. Porque si el comunismo no es sino la resultante de un proceso de descristianización, el remedio eficaz contra él no puede sino ser una medicación de cristianismo inyectado en todas las capas del cuerpo social. De aquí que la oración y la penitencia, como lo decía S. S. en la encíclica *Caritate Christi compulsi* sean remedios imprescindibles para salir de este caos de terror que se avecina. Pero fuera de estos remedios sobrenaturales, son también necesarios remedios drásticos, enérgicos en el mismo orden de lo económico y de lo político. El tiempo urge. No hay tiempo para una medicación con resultados a larga distancia. Y en esto le cabe una gran misión al nacionalismo. El nacionalismo es una fuerza de reacción contra el demoliberalismo que ha enervado las energías de los pueblos durante más de cien años. Y reacciona contra él para evitar que los pueblos se precipiten en el mal terrible del comunismo.

Pero si el nacionalismo es una fuerza de reacción contra el demoliberalismo puede haber dos modos típicos de nacionalismo porque dos son los modos típicos de reaccionar contra el demoliberalismo: un modo pagano y un modo cristiano; un modo pagano que exaltará sobre todas las cosas el interés nacional, sin atender a los derechos divinos de Dios y de la Iglesia y a los derechos de otras naciones y a los de los ciudadanos cuyas personas deben ser respetadas como un todo trascendente; un modo cristiano que, salvos todos estos derechos, procurará afirmar el vigor nacional dentro y fuera de las propias fronteras. Un modo pagano que hará de la propia nación o Estado, un Dios; (Pío XI, Caritate Christi) un modo cristiano, que reconociendo el carácter creado y contingente de la nación y del Estado procurará darle aquella dignidad de preeminencia que le

corresponde como promotor del bien común temporal. Un modo pagano que divinizará a un hombre como encarnación de la absoluta soberanía del Estado; un modo cristiano que prestigiará a un hombre como conductor del pueblo en su destino temporal, siendo el instrumento de Dios al servicio del interés común. Un modo pagano que rechazará lo extranjero porque es extranjero; un modo cristiano que lo rechazará en la medida en que sea perjudicial para los intereses justos del propio país. Un modo pagano que rechazará y odiará al judío porque es judío; un modo cristiano, que conociendo la misión disolvente que le cabe al judío en el seno de los pueblos cristianos, limitará su influencia para que no resulte dañoso. Un modo pagano que combatirá el democratismo liberal y el marxismo en nombre del absolutismo del Estado; un modo cristiano que le combatirá tan sólo para ser efectiva y real la preeminencia del bien común temporal de los pueblos. Un modo pagano que luchará contra el atomismo de la sociedad liberal por la alienación de los derechos individuales en manos del dios-estado; un modo cristiano que luchará contra él por la afirmación de los derechos sagrados de la familia y de la corporación de trabajo. Un modo pagano que restaurará un ré- gimen corporativo forzado, instrumento del Estado; un modo cristiano que restaurará las corporaciones como expresión de los intereses comunes de trabajo de los particulares en el conjunto de la nación. Un modo pagano que oprimirá la religión si la cree contraria a sus intereses o que la propiciará si la cree favorable; un modo cristiano que reconocerá a la religión de Cristo como el bien supremo de los pueblos y que tratará de servirla lealmente. Un modo pagano que impondrá un régimen totalitario absoluto de suerte que no se concebirá nada — ni educación, ni familia, ni arte ni religión — que no sea total- mente impuesto o controlado por el Estado; un régimen cristiano que en la sola órbita de lo político, o sea en lo que se refiere al bien común temporal, totalizará las actividades para dar cohesión y firmeza al Estado y por ende a la nación.

Dos modos típicos de nacionalismo que han logrado realización concreta, el pagano en el nacional-socialismo alemán y el cristiano en el régimen autoritario de Portugal y que, a mi juicio, logrará realización plena en el Estado cristiano que ha de surgir de la España que sangra.

Las palabras de Oliveira Salazar vienen al caso: *"Un día se reconocerá* — dice — *que Portugal ha sido gobernado por un sistema original y propio de su historia y de su geografía, tan diferentes de todas las otras y se comprenderá que no se han rechazado los errores y vicios del falso liberalismo y de la falsa democracia para abrazar otros peores; sino que más bien se ha reorganizado y robustecido el país con los principios de autoridad, de orden, de tradición nacional, conciliados con aquellas verdades eternas que son, felizmente patrimonio de la humanidad y de la civilización cristiana. El Estado que subordinase todo sin excepción a la idea de nación o de raza por él representada, en la moral, en el derecho, en la política y en la economía, se presentaría como un ser omnipotente, principio y fin de sí mismo, al cual tendrían que estar sujetas todas las manifestaciones individuales y colectivas y podría contener un absolutismo peor del que antecedió a los regímenes liberales, porque al menos ese otro no se desligó del destino humano. Tal Estado sería esencialmente pagano, incompatible por naturaleza con el genio de nuestra civilización cristiana y tarde o temprano habría de conducir a revoluciones semejantes a los que tuvieron que afrontar esos viejos regímenes históricos y quién sabe si a nuevas guerras religiosas más graves que las antiguas."*

Y este es, desgraciadamente, el caso de Alemania. Dios conoce el destino que le toca llenar en la historia. Pero sería lamentable que un pueblo grande y fuerte como Alemania, que en la Cristiandad tuvo como vocación empuñar la espada material para mantener, con la fuerza del brazo secular, la unidad de los pueblos cristianos, ahora en este período de descristianización de los pueblos le tocase, por un misterio insondable de la vocación no cumplida, hacer valer esta misma

fuerza, quién sabe con qué fines providenciales. Porque la tragedia del problema alemán consiste en que la misma fuerza, es a saber el Partido de Hitler, que le ha llevado a la máxima opresión religiosa es al mismo tiempo el que ha realizado su máximo poderío material. Nunca estuvo tan oprimida la religión de Cristo, nunca tampoco fue tan gigantesco el poderío alemán. Hitler, que cuando subió al poder pedía cuatro años de plazo para realizar el resurgimiento de Alemania, este mismo año, el 30 de enero, a los cuatro años cumplidos, podía presentarse en el Reichstag, y decir: ¿Y quién dudará de que, en estos cuatro años transcurridos, Alemania fue escenario de una revolución de imponente magnitud? Y ¿quién se atreverá a comparar todavía esta Alemania de hoy con la que existía en aquel 30 de enero, de cuatro años atrás, cuando yo a esta hora, presté el juramento ante el Venerable Presidente del Reich? Y el Nacional-Socialismo ha terminado con la postración en que se hallaba sumida Alemania. Hoy esta nación es respetada y temida. El Nacional-Socialismo ha reconstruido la economía alemana, ha solucionado el pavoroso problema de la desocupación, ha dado conciencia de su valer al obrero, ha hecho resurgir la cultura del pueblo, ha educado fuertemente a la juventud, y por encima de todo, ha roto la oprobiosa cadena de Versailles. *"Y a este respecto —* como dice Hitler — Alemania ha *consumado el milagro mayor de sus esfuerzos."*

Pero, ¡pobre Alemania! Todo esto no sirve sino para afirmarla en aquel pecado que es su debilidad, desde los tristes tiempos en que se apartó de Roma. Alemania cada día más poderosa, cada día también progresa en su soberbia. Por esto oprime, con satisfacción de poderoso, a la Iglesia. Todo eso lo revela, de modo particular, la actitud con que ha respondido a la Carta Encíclica del Vicario de Cristo. Se ha querido presentar al Vaticano como el manto que cubre "un sistema de corrupción y podredumbre" y como la central de un bolchevismo disfrazado. El Dr. Goebbels en el discurso pronunciado el 28 de mayo en la Deutschhandhalle de Berlin, delante de un auditorio de 25.000 personas, que hacían eco a la espuma de odio de las palabras pronunciadas, cortándolas con

los gritos de ¡masacradlos! ¡colgadlos! denuncia los crímenes de "innumerables sacerdotes y religiosos" convertidos en *"profanadores bestializados de la juventud"*, las *"aberraciones de criminales de sotana"* saciando *"los más monstruosos instintos"* en el ejercicio de su ministerio sacerdotal *(Robert D'Hacourt, Etudes 20 de junio, 37).*

Y el Führer-Canciller, en su discurso del primero de mayo, proclamó su voluntad de empujar a la Iglesia a su esfera propia, si por la vía de las encíclicas arrogaba derechos que pertenecen al Estado. *"Si los hombres* — decía textualmente en dicho discurso — *han sido educados durante siglos en clases de católicos y protestantes y en 45 partidos, ¿quién puede disponer de esto en cuatro años? Hemos procedido totalmente, hasta brutalmente. Empezamos con la juventud. Hay viejos tontos que son irremediables. No nos preocupamos por ellos. Les sacamos sus hijos y se los educamos. No permitiré que la autoridad de la Nación sea atacada por ninguna parte. Esto es válido también para las iglesias. Si se preocupan de sus propios asuntos el Estado no las molestará. Pero si tratan de asumir derechos que son del Estado por medio de encíclicas y cartas pastorales las obligaremos a volver a la posición que les corresponde"* (La Nación, mayo 2.37).

El orgullo enceguece. No deja ver que ese humilde anciano que se sienta en la Cátedra de Pedro es pastor universal de todos los cristianos por jurisdicción divina y debe cuidar que los fieles a Él encomendados no sean pervertidos en la fe por doctrinas de los hombres, aún cuando este hombre llegara a acumular en sí todo el saber, todo el poder y toda la potencia material de la tierra. (Pío XI, Mit brennender sorge).

El orgullo enceguece. No deja ver que este anciano está sentado sobre una silla dos veces milenaria, de donde ha visto pasar a los perseguidores más temibles, llámense Diocleciano o Napoleón, Enrique IV o Bismarck.

Pobre Alemania, si no comprende que toda esta grandeza levantada sobre su propia soberbia no sólo no logrará el bienestar del pueblo alemán, sino que incubará males peores que aquellos de los cuales les ha sacado. Porque, aún cuando el Reich en su loca arrogancia, se vanaglorie de ser baluarte temible contra el bolchevismo, en la medida en que oprime al cristianismo, se convierte en el colaborador eficaz del más funesto bolchevismo. Así lo han advertido los Obispos alemanes, en innumerables y recientes documentos. Y si el comunismo es el Precursor del Anticristo, como enseñan los mismos Obispos alemanes, todo cuanto se haga contra Cristo, se hace en favor del comunismo, que es el resumen de todas las aberraciones de los hombres de todos los tiempos. Sobre todo así lo ha advertido con su autoridad de Maestro de la Cristiandad el Romano Pontífice en su Alocución a los refugiados españoles (14.9.36), cuando dice *"Por lo que puede decirse que allí donde se combate la Iglesia y la religión católica y su bienhechora influencia sobre el individuo, sobre la familia y sobre las masas, se combate de acuerdo con las fuerzas subversivas, en favor de éstas y por el mismo desastroso resultado. Es decir, una vez más, que allí donde, por procedimientos insidiosos o violentos, según el caso por distinciones ficticias y no sinceras entre la religión católica y la religión política, se ponen dificultades, obstáculos e impedimentos al completo desarrollo de la extensión y de la influencia de la Iglesia Católica, según el mandato divino que la acompaña y la autoriza, se favorece y se facilita en la misma proporción la influencia y la obra de las fuerzas subversivas.*

La Iglesia es de Dios y no son sus enemigos quienes la destruyen. Como en otras épocas de persecución de la Iglesia "también ésta será precursora de nuevos progresos y de purificación arando la fortaleza de la profesión de la fe y la prontitud en afrontar los peligros por parte de los fieles de Cristo serán suficientemente grandes para contraponer a la fortaleza material de los

opresores de la Iglesia la adhesión incondicionada a la fe, la firme esperanza, anclada en lo eterno y la fuerza avasalladora del amor activo.

"Entonces, dice el Romano Pontífice, *los enemigos de Cristo — seguros estamos de esto — que vanamente se glorían de la desaparición de la Iglesia reconocerán que se alegraron demasiado pronto y demasiado pronto han querido sepultarla"*

Quiera Dios, en atención a los suspiros de veinte millones de católicos, que unidos a un ejemplar sacerdocio, luchan bajo el cayado de intrépidos pastores, que evocan la figura de los grandes obispos de la cristiandad de la talla de San Ambrosio y de San Juan Crisóstomo, quiera Dios, retornar a Alemania a la verdadera grandeza que le conquistó Bonifacio y Carlomagno para que "doble la rodilla ante Jesucristo el Rey del tiempo y de la eternidad, y se ciña para la lucha contra los renegados y los destructores del occidente cristiano, en unión con los hombres honestos de las demás naciones, cumpliendo así la misión que le ha sido señalada en los planes del Eterno" (Pío XI, Mit brennender sorge).

FIN DEL OPUSCULO.

CARTA ENCÍCLICA
MIT BRENNENDER SORGE
DEL SUMO PONTÍFICE
PÍO XI
SOBRE LA SITUACIÓN
DE LA IGLESIA CATÓLICA EN EL REICH ALEMÁN

A los venerables hermanos,
arzobispos, obispos y otros ordinarios de Alemania
en paz y comunión con la Sede Apostólica

1. Con viva preocupación y con asombro creciente venimos observando, hace ya largo tiempo, la vía dolorosa de la Iglesia y la opresión progresivamente agudizada contra los fieles, de uno u otro sexo, que le han permanecido devotos en el espíritu y en las obras; y todo esto en aquella nación y en medio de aquel pueblo al que San Bonifacio llevó un día el luminoso mensaje, la buena nueva de Cristo y del reino de Dios.

2. Esta nuestra inquietud no se ha visto disminuida por los informes que los reverendísimos representantes del episcopado, según su deber, nos dieron, ajustados a la verdad, al visitarnos durante nuestra enfermedad. Junto a muchas noticias muy consoladoras y edificantes sobre la lucha sostenida por sus fieles por causa de la religión, no pudieron pasar en silencio, a pesar de su amor al propio pueblo y a su patria y el cuidado de expresar un juicio bien ponderado, otros innumerables sucesos muy tristes y reprobables. Luego que Nos hubimos escuchado sus relatos, con profunda gratitud a Dios pudimos exclamar con el apóstol del amor: No hay para mi mayor alegría que oír de mis hijos que andan en la verdad (3Jn 4). Pero la sinceridad que corresponde a la grave responsabilidad de nuestro ministerio apostólico y la decisión de presentar ante

vosotros y ante todo el mundo cristiano la realidad en toda su crudeza, exigen también que añadamos: No tenemos preocupación mayor ni más cruel aflicción pastoral que cuando oímos: Muchos abandonan el camino de la verdad (cf. 2Pe 2,2).

1. CONCORDATO

3. Cuando Nos, venerables hermanos, en el verano de 1933, a instancia del Gobierno del Reich, aceptamos el reanudar las gestiones para un concordato, tomando por base un proyecto elaborado ya varios años antes, y llegamos así a un acuerdo solemne que satisfizo a todos vosotros, tuvimos por móvil la obligada solicitud de tutelar la libertad de la misión salvadora de la Iglesia en Alemania y de asegurar la salvación de las almas a ella confiadas, y, al mismo tiempo, el sincero deseo de prestar un servicio capital al pacífico desenvolvimiento y al bienestar del pueblo alemán.

4. A pesar de muchas y graves consideraciones, Nos determinamos entonces, no sin una propia violencia, a no negar nuestro consentimiento. Queríamos ahorrar a nuestros fieles, a nuestros hijos y a nuestras hijas de Alemania, en la medida humanamente posible, las situaciones violentas y las tribulaciones que, en caso contrario, se podían prever con toda seguridad según las circunstancias de los tiempos. Y con hechos queríamos demostrar a todos que Nos, buscando únicamente a Cristo y cuanto a Cristo pertenece, no rehusábamos tender a nadie, si él mismo no la rechazaba, la mano pacífica de la madre Iglesia.

5. Si el árbol de la paz, por Nos plantado en tierra alemana con pura intención, no ha producido los frutos por Nos anhelados en interés de vuestro pueblo, no habrá nadie en el mundo entero, con ojos para ver y oídos para oír, que pueda decir, todavía hoy, que la culpa es de la Iglesia y de su Cabeza suprema. La experiencia de los años transcurridos hace patentes las responsabilidades y

descubre las maquinaciones que, ya desde el principio, no se propusieron otro fin que una lucha hasta el aniquilamiento. En los surcos donde nos habíamos esforzado por echar la simiente de la verdadera paz, otros esparcieron — como el inimicus homo de la Sagrada Escritura (Mt 13, 25)— la cizaña de la desconfianza, del descontento, de la discordia, del odio, de la difamación, de la hostilidad profunda, oculta o manifiesta, contra Cristo y su Iglesia, desencadenando una lucha que se alimentó en mil fuentes diversas y se sirvió de todos los medios. Sobre ellos, y solamente sobre ellos y sobre sus protectores, ocultos o manifiestos, recae la responsabilidad de que en el horizonte de Alemania no aparezca el arco iris de la paz, sino el nubarrón que presagia luchas religiosas desgarradoras.

6. Venerables hermanos, Nos no nos hemos cansado de hacer ver a los dirigentes, responsables de la suerte de vuestra nación, las consecuencias que se derivan necesariamente de la tolerancia, o peor aún, del favor prestado a aquellas corrientes. A todo hemos recurrido para defender la santidad de la palabra solemnemente dada y la inviolabilidad de los compromisos voluntarios contraídos frente a las teorías y prácticas que, si hubieran llegado a admitirse oficialmente, habrían disipado toda confianza y desvalorizado intrínsecamente toda palabra para lo futuro. Cuando llegue el momento de exponer a los ojos del mundo estos nuestros esfuerzos, todos los hombres de recta intención sabrán dónde han de buscarse los defensores de la paz y dónde sus perturbadores. Todo el que haya conservado en su ánimo un residuo de amor a la verdad, y en su corazón una sombra del sentido de justicia, habrá de admitir que, en los años tan difíciles y llenos de tan graves acontecimientos que siguieron al Concordato, cada una de nuestras palabras y de nuestras acciones tuvo por norma la fidelidad a los acuerdos estipulados. Pero deberá también reconocer con extrañeza y con profunda reprobación cómo por la otra parte se ha erigido en norma ordinaria el desfigurar arbitrariamente los pactos, eludirlos, desvirtuarlos y, finalmente, violarlos más o menos abiertamente.

7. La moderación que, a pesar de todo esto, hemos demostrado hasta ahora no nos ha sido sugerida por cálculos de intereses terrenos, ni mucho menos por debilidad, sino simplemente por la voluntad de no arrancar, junto con la cizaña, alguna planta buena; por la decisión de no pronunciar públicamente un juicio mientras los ánimos no estuviesen bien dispuestos para comprender su ineludible necesidad; por la resolución de no negar definitivamente la fidelidad de otros a la palabra empeñada, antes de que el irrefutable lenguaje de la realidad le hubiese arrancado los velos con que se ha sabido y se pretende aún ahora disfrazar, conforme a un plan predeterminado, el ataque contra la Iglesia. Todavía hoy, cuando la lucha abierta contra las escuelas confesionales, tuteladas por el Concordato, y la supresión de la libertad del voto para aquellos que tienen derecho a la educación católica, manifiestan, en un campo particularmente vital para la Iglesia, la trágica gravedad de la situación y la angustia, sin ejemplo, de las conciencias cristianas, la solicitud paternal por el bien de las almas nos aconseja no dejar de considerar las posibilidades, por escasas que sean, que aún puedan subsistir, de una vuelta a la fidelidad de los pactos y una inteligencia que nuestra conciencia pueda admitir. Secundando los ruegos de los reverendísimos miembros del episcopado, en adelante no nos cansaremos de ser el defensor — ante los dirigentes de vuestro pueblo— del derecho conculcado, y ello, sin preocuparnos del éxito o del fracaso inmediato, obedeciendo sólo a nuestra conciencia y a nuestro ministerio pastoral, y no cesaremos de oponernos a una mentalidad que intenta, con abierta u oculta violencia, sofocar el derecho garantizado por solemnes documentos.

8. Sin embargo, el fin de la presente carta, venerables hermanos, es otro. Como vosotros nos visitasteis amablemente durante nuestra enfermedad, así ahora nos dirigimos a vosotros, y por vuestro conducto, a los fieles católicos de Alemania, los cuales, como todos los hijos que sufren y son perseguidos, están muy cerca del corazón del Padre común. En esta hora en que su fe está siendo probada, como

oro de ley, en el fuego de la tribulación y de la persecución, insidiosa o manifiesta, y en que están rodeados por mil formas de una opresión organizada de la libertad religiosa, viviendo angustiados por la imposibilidad de tener noticias fidedignas y de poder defenderse con medios normales, tienen un doble derecho a una palabra de verdad y de estímulo moral por parte de Aquel a cuyo primer predecesor dirigió el Salvador aquella palabra llena de significado: Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos (Lc 22,32).

2. GENUINA FE EN DIOS

9. Y ante todo, venerables hermanos, cuidad que la fe en Dios, primer e insustituible fundamento de toda religión, permanezca pura e íntegra en las regiones alemanas. No puede tenerse por creyente en Dios el que emplea el nombre de Dios retóricamente, sino sólo el que une a esta venerada palabra una verdadera y digna noción de Dios.

10. Quien, con una confusión panteísta, identifica a Dios con el universo, materializando a Dios en el mundo o deificando al mundo en Dios, no pertenece a los verdaderos creyentes.

11. Ni tampoco lo es quien, siguiendo una pretendida concepción precristiana del antiguo germanismo, pone en lugar del Dios personal el hado sombrío e impersonal, negando la sabiduría divina y su providencia, la cual se extiende poderosa del uno al otro extremo (Sab 8,1) y lo dirige a buen fin. Ese hombre no puede pretender que sea contado entre los verdaderos creyentes.

12. Si la raza o el pueblo, si el Estado o una forma determinada del mismo, si los representantes del poder estatal u otros elementos fundamentales de la sociedad humana tienen en el orden natural un puesto esencial y digno de

respeto, con todo, quien los arranca de esta escala de valores terrenales elevándolos a suprema norma de todo, aun de los valores religiosos, y, divinizándolos con culto idolátrico, pervierte y falsifica el orden creado e impuesto por Dios, está lejos de la verdadera fe y de una concepción de la vida conforme a esta.

13. Vigilad, venerables hermanos, con cuidado contra el abuso creciente, que se manifiesta en palabras y por escrito, de emplear el nombre tres veces santo de Dios como una etiqueta vacía de sentido para un producto más o menos arbitrario de una especulación o aspiración humana; y procurad que tal aberración halle entre vuestros fieles la vigilante repulsa que merece. Nuestro Dios es el Dios personal, trascendente, omnipotente, infinitamente perfecto, único en la trinidad de las personas y trino en la unidad de la esencia divina, creador del universo, señor, rey y último fin de la historia del mundo, el cual no admite, ni puede admitir, otras divinidades junto a sí.

14. Este Dios ha dado sus mandamientos de manera soberana, mandamientos independientes del tiempo y espacio, de región y raza. Como el sol de Dios brilla indistintamente sobre el género humano, así su ley no reconoce privilegios ni excepciones. Gobernantes y gobernados, coronados y no coronados, grandes y pequeños, ricos y pobres, dependen igualmente de su palabra. De la totalidad de sus derechos de Creador dimana esencialmente su exigencia de una obediencia absoluta por parte de los individuos y de toda la sociedad. Y esta exigencia de una obediencia absoluta se extiende a todas las esferas de la vida, en las que cuestiones de orden moral reclaman la conformidad con la ley divina y, por esto mismo, la armonía de los mudables ordenamientos humanos con el conjunto de los inmutables ordenamientos divinos.

15. Solamente espíritus superficiales pueden caer en el error de hablar de un Dios nacional, de una religión nacional, y emprender la loca tarea de aprisionar

en los límites de un pueblo solo, en la estrechez étnica de una sola raza, a Dios, creador del mundo, rey y legislador de los pueblos, ante cuya grandeza las naciones son como gotas de agua en el caldero (Is 40, 15).

16. Los obispos de la Iglesia de Cristo encargados de las cosas que miran a Dios (Heb 5,1), deben vigilar para que no arraiguen entre los fieles esos perniciosos errores, a los que suelen seguir prácticas aun más perniciosas. Es propio de su sagrado ministerio hacer todo lo posible para que los mandamientos de Dios sean considerados y practicados como obligaciones inconcusas de una vida moral y ordenada, tanto privada como pública; para que los derechos de la majestad divina, el nombre y la palabra de Dios no sean profanados (cf. Tit 2,5); para que las blasfemias contra Dios en palabras, escritos e imágenes, numerosas a veces como la arena del mar, sean reducidas a silencio, y para que frente al espíritu tenaz e insidioso de los que niegan, ultrajan y odian a Dios, no languidezca nunca la plegaria reparadora de los fieles, que, como el incienso, suba continuamente al Altísimo, deteniendo su mano vengadora.

17. Nos os damos gracias, venerables hermanos, a vosotros, a vuestros sacerdotes y a todos los fieles que, defendiendo los derechos de la Divina Majestad contra un provocador neopaganismo, apoyado, desgraciadamente con frecuencia, por personalidades influyentes, habéis cumplido y cumplís vuestro deber de cristianos. Esta gratitud es particularmente íntima y llena de reconocida admiración para todos los que en el cumplimiento de este su deber se han hecho dignos de sufrir por la causa de Dios sacrificios y dolores.

3. GENUINA FE EN JESUCRISTO

18. La fe en Dios no se mantendrá por mucho tiempo pura e incontaminada si no se apoya en la fe de Jesucristo. Nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo (Lc

10,22). Esta es la vida eterna, que te reconozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo (Jn 17,3). A nadie, por lo tanto, es lícito decir: Yo creo en Dios, y esto es suficiente para mi religión. La palabra del Salvador no deja lugar a tales escapatorias: El que niega al Hijo tampoco tiene al Padre; el que confiesa al Hijo tiene también al Padre (1Jn 2,23).

19. En Jesucristo, Hijo encarnado de Dios, apareció la plenitud de la revelación divina: Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo (Heb 1,1-2). Los libros santos del Antiguo Testamento son todos palabra de Dios, parte sustancial de su revelación. Conforme al desarrollo gradual de la revelación, en ellos aparece el crepúsculo del tiempo que debía preparar el pleno mediodía de la Redención. En algunas partes se habla de la imperfección humana, de su debilidad y del pecado, como no puede suceder de otro modo cuando se trata de libros de historia y legislación. Aparte de otros innumerables rasgos de grandeza y de nobleza, hablan de la tendencia superficial y materialista que se manifestaba reiteradamente a intervalos en el pueblo de la Antigua Alianza, depositario de la revelación y de las promesas de Dios. Pero cualquiera que no esté cegado por el prejuicio o por la pasión no puede menos de notar que lo que más luminosamente resplandece, a pesar de la debilidad humana de que habla la historia bíblica, es la luz divina del camino de la salvación, que triunfa al fin sobre todas las debilidades y pecados. Y precisamente sobre este fondo, con frecuencia sombrío, la pedagogía de la salvación eterna se ensancha en perspectivas, las cuales a un tiempo dirigen, amonestan, sacuden, consuelan y hacen felices. Sólo la ceguera y el orgullo pueden hacer cerrar los ojos ante los tesoros de saludables enseñanzas encerrados en el Antiguo Testamento. Por eso, el que pretende desterrar de la Iglesia y de la escuela la historia bíblica y las sabias enseñanzas del Antiguo Testamento, blasfema la palabra de Dios, blasfema el plan de la salvación dispuesto por el Omnipotente y erige en juez de los planes divinos un angosto y mezquino pensar

humano. Ese tal niega la fe en Jesucristo, nacido en la realidad de su carne, el cual tomó la naturaleza humana de un pueblo que más tarde había de crucificarle. No comprende nada del drama mundial del Hijo de Dios, el cual al crimen de quienes le crucificaban opuso, en calidad de Sumo Sacerdote, la acción divina de la muerte redentora, dando de esta forma al Antiguo Testamento su cumplimiento, su fin y su sublimación en el Nuevo Testamento.

20. La revelación, que culminó en el Evangelio de Jesucristo, es definitiva y obligatoria para siempre, no admite complementos de origen humano, y mucho menos sucesiones o sustituciones por revelaciones arbitrarias, que algunos corifeos modernos querrían hacer derivar del llamado mito de la sangre y de la raza. Desde que Cristo, el Ungido del Señor, consumó la obra de la redención, quebrantando el dominio del pecado y mereciéndonos la gracia de llegar a ser hijos de Dios, desde aquel momento no se ha dado a los hombres ningún otro nombre bajo el cielo, para conseguir la bienaventuranza, sino el nombre de Jesucristo (Hech 4,12). Por más que un hombre encarnara en sí toda la sabiduría, todo el poder y toda la pujanza material de la tierra, no podría asentar fundamento diverso del que Cristo ha puesto (1Cor 3,11). En consecuencia, aquel que con sacrílego desconocimiento de la diferencia esencial entre Dios y la criatura, entre el Hombre-Dios y el simple hombre, osase poner al nivel de Cristo, o peor aún, sobre El o contra El, a un simple mortal, aunque fuese el más grande de todos los tiempos, sepa que es un profeta de fantasías a quien se aplica espantosamente la palabra de la Escritura: El que mora en los cielos se burla de ellos (Sal 2,4).

4. GENUINA FE EN LA IGLESIA

21. La fe en Jesucristo no permanecerá pura e incontaminada si no está sostenida y defendida por la fe en la Iglesia, columna y fundamento de la verdad (1Tim 3,15). Cristo mismo, Dios eternamente bendito, ha erigido esta columna de la fe;

su mandato de escuchar a la Iglesia (cf. Mt 18,17) y recibir por las palabras y los mandatos de la Iglesia sus mismas palabras y sus mismos mandatos (cf. Lc 10,16), tiene valor para todos los hombres de todos los tiempos y de todas las regiones. La Iglesia, fundada por el Salvador, es única para todos los pueblos y para todas las naciones: y bajo su bóveda, que cobija, como el firmamento, al universo entero, hallan puesto y asilo todos los pueblos y todas las lenguas, y pueden desarrollarse todas las propiedades, cualidades, misiones y cometidos, que han sido señalados por Dios creador y salvador a los individuos y a las sociedades humanas. El corazón materno de la Iglesia es tan generoso, que ve en el desarrollo de tales peculiaridades y cometidos particulares, conforme al querer de Dios, la riqueza de la variedad, más bien que el peligro de escisiones: se goza con el elevado nivel espiritual de los individuos y de los pueblos, descubre con alegría y santo orgullo materno en sus genuinas actuaciones los frutos de educación y de progreso, que bendice y promueve siempre que lo puede hacer en conciencia. Pero sabe también que a esta libertad le han sido señalados límites por disposición de la Divina Majestad, que ha querido y ha fundado esta Iglesia como unidad inseparable en sus partes esenciales. El que atenta contra esta intangible unidad, quita a la esposa de Cristo una de las diademas con que Dios mismo la ha coronado; somete el edificio divino, que descansa en cimientos eternos, a la revisión y a la transformación por parte de arquitectos a quienes el Padre celestial no ha concedido poder alguno.

22. La divina misión que la Iglesia cumple entre los hombres y debe cumplir por medio de hombres, puede ser dolorosamente oscurecida por el elemento humano, quizás demasiado humano que en determinados tiempos vuelve a retoñar, como la cizaña en medio del trigo del reino de Dios. El que conozca la frase del Salvador acerca de los escándalos y de quienes los dan, sabe cómo la Iglesia y cada individuo deben juzgar sobre lo que fue y es pecado. Pero quien, fundándose en estos lamentables desacuerdos entre la fe y la vida, entre las palabras y los actos, entre la conducta exterior y los pensamientos interiores de algunos —

aunque éstos fuesen muchos— , echa en olvido o conscientemente pasa en silencio la enorme suma de genuina actividad para llegar a la virtud, el espíritu de sacrificio, el amor fraternal, el heroísmo de santidad, en tantos miembros de la Iglesia, manifiesta una ceguera injusta y reprobable. Y cuando luego se ve que la rígida medida con que juzga a la odiada Iglesia se deja al margen cuando se trata de otras sociedades que le son cercanas por sentimiento o interés, entonces se evidencia que, al mostrarse lastimado en su pretencioso sentido de pureza, se revela semejante a aquellos que, según la tajante frase del Salvador, ven la paja en el ojo ajeno y no se dan cuenta la viga en el propio. También es menos pura la intención de aquellos que ponen por fin de su vocación lo que hay de humano en la Iglesia, hasta hacer quizás de ello un negocio bastardo, y si bien la potestad de quien está investido de la dignidad eclesiástica, fundada en Dios, no depende de su nivel humano y moral, sin embargo, no hay época alguna, ni individuo, ni sociedad que no deba examinar sinceramente su conciencia, purificarse inexorablemente, renovarse profundamente en el sentir y en el obrar. En nuestra encíclica sobre el sacerdocio y en la de la Acción Católica hemos llamado insistentemente la atención de todos los pertenecientes a la Iglesia, y particularmente la de los eclesiásticos, religiosos y seglares, que colaboran en el apostolado, sobre el sagrado deber de poner su fe y su conducta en aquella armonía exigida por la ley de Dios y reclamada con incansable insistencia por la Iglesia. También hoy Nos repetimos con gravedad profunda: No basta ser contados en la Iglesia de Cristo, es preciso ser en espíritu y en verdad miembros vivos de esta Iglesia. Y lo son solamente los que están en gracia de Dios y caminan continuamente en su presencia, o por la inocencia o por la penitencia sincera y eficaz. Si el Apóstol de las Gentes, el vaso de elección, sujetaba su cuerpo al látigo de la mortificación, no fuera que, después de haber predicado a los otros (cf 1Cor 9,27), fuese él reprobado, ¿habrá, por ventura, para aquellos en cuyas manos está la custodia y el incremento del reino de Dios, otro camino que el de la íntima unión del apostolado con la santificación propia? Sólo así se demostrará a los hombres de hoy, y en primer lugar a los detractores de la Iglesia,

que la sal de la tierra y la levadura del cristianismo no se ha vuelto ineficaz, sino que es poderosa y capaz de renovar espiritualmente y rejuvenecer a los que están en la duda y en el error, en la indiferencia y en el descarrío espiritual, en la relajación de la fe y en el alejamiento de Dios, de quien ellos — lo admitan o lo nieguen— están más necesitados que nunca. Una cristiandad en la que todos los miembros vigilen sobre sí mismos, que deseche toda tendencia a lo puramente exterior y mundano, que se atenga seriamente a los preceptos de Dios y de la Iglesia y se mantenga, por consiguiente, en el amor de Dios y en la solícita caridad para el prójimo, podrá y deberá ser ejemplo y guía para el mundo profundamente enfermo, que busca sostén y dirección, si es que no se quiere que sobrevenga una enorme catástrofe o una decadencia indescriptible.

23. Toda reforma genuina y duradera ha tenido propiamente su origen en el santuario, en hombres inflamados e impulsados por amor de Dios y del prójimo, los cuales, gracias a su gran generosidad en corresponder a cualquier inspiración de Dios y a ponerla en práctica ante todo en sí mismos, profundizando en humildad y con la seguridad de quien es llamado por Dios, llegaron a iluminar y renovar su época. Donde el celo de reformas no derivó de la pura fuente de la integridad personal, sino que fue efecto de la explosión de impulsos pasionales, en vez de iluminar oscureció, en vez de construir destruyó, y fue frecuentemente punto de partida para errores todavía más funestos que los daños que se quería o se pretendía remediar. Es cierto que el espíritu de Dios sopla donde quiere (Jn 3,8), de las piedras puede suscitar los cumplidores de sus designios (cf. Mt 3,9; Lc 3,8), y escoge los instrumentos de su voluntad según sus planes, no según los de los hombres. Pero El, que ha fundado la Iglesia y la llamó a la vida en Pentecostés, no quiebra la estructura fundamental de la salvadora institución por El mismo querida. Quien está movido por el espíritu de Dios observa, por esto mismo, una actitud exterior e interior de respeto hacia la Iglesia, noble fruto del árbol de la Cruz, don del Espíritu Santo en Pentecostés al mundo necesitado de guía.

24.. En vuestras regiones, venerables hermanos, se alzan voces, en coro cada vez más fuerte, que incitan a salir de la Iglesia; y entre los voceadores hay algunos que, por su posición oficial, intentan producir la impresión de que tal alejamiento de la Iglesia, y consiguientemente la infidelidad a Cristo Rey, es testimonio particularmente convincente y meritorio de su fidelidad al actual régimen. Con presiones ocultas y manifiestas, con intimidaciones, con perspectivas de ventajas económicas, profesionales, cívicas o de otro género, la adhesión de los católicos a su fe — y singularmente la de algunas clases de funcionarios católicos— se halla sometida a una violencia tan ilegal como inhumana. Nos, con paterna emoción, sentimos y sufrimos profundamente con los que han pagado a tan caro precio su adhesión a Cristo y a la Iglesia; pero se ha llegado ya a tal punto, que está en juego el último fin y el más alto, la salvación, o la condenación; y en este caso, como único camino de salvación para el creyente, queda la senda de un generoso heroísmo. Cuando el tentador o el opresor se le acerque con las traidoras insinuaciones de que salga de la Iglesia, entonces no habrá más remedio que oponerle, aun a precio de los más graves sacrificios terrenos, la palabra del Salvador: Apártate de mí, Satanás, porque está escrito: al Señor tu Dios adorarás y a El sólo darás culto (Mt 4,10; Lc 4,8). A la Iglesia, por el contrario, deberá dirigirle estas palabras: ¡Oh tú, que eres mi madre desde los días de mi infancia primera, mi fortaleza en la vida, mi abogada en la muerte, que la lengua se me pegue al paladar si yo, cediendo a terrenas lisonjas o amenazas, llegase a traicionar las promesas de mi bautismo! Finalmente, aquellos que se hicieron la ilusión de poder conciliar con el abandono exterior de la Iglesia la fidelidad interior a ella, adviertan la severa palabra del Señor: El que me negare delante de los hombres, será negado ante los ángeles de Dios (Lc 12,9).

5. GENUINA FE EN EL PRIMADO

25. La fe en la Iglesia no se mantendrá pura e incontaminada si no está apoyada por la fe en el primado del obispo de Roma. En el mismo momento en que Pedro, adelantándose a los demás apóstoles y discípulos, profesó su fe en Cristo, Hijo de Dios vivo, la respuesta de Cristo, que le premiaba por su fe y por haberla profesado, fue el anuncio de la fundación de su Iglesia, de la única Iglesia, sobre la roca de Pedro (Mt 1,18). Por esto la fe en Cristo, en la Iglesia y en el Primado, están en sagrada trabazón de mutua dependencia. Una autoridad genuina y legal es en todas partes un vínculo de unidad y un manantial de fuerza, una defensa contra la división y la ruina, una garantía para el porvenir. Y esto se verifica en un sentido más alto y noble donde, como en el caso de la Iglesia, y sólo en la Iglesia, a tal autoridad se le ha prometido la asistencia sobrenatural del Espíritu Santo y su apoyo invencible. Si personas, que ni siquiera están unidas por la fe de Cristo, os atraen y lisonjean con la seductora imagen de una iglesia nacional alemana, sabed que esto no es otra cosa que renegar de la única Iglesia de Cristo, una apostasía manifiesta del mandato de Cristo de evangelizar a todo el mundo, lo que sólo puede llevar a la práctica una Iglesia universal. El desarrollo histórico de otras iglesias nacionales, su entumecimiento espiritual, su opresión y servidumbre por parte de los poderes laicos, muestran la desoladora esterilidad, que denuncia con irremediable certeza ser un sarmiento desgajado de la cepa vital de la Iglesia. Quien, ya desde el principio, opone a estos erróneos desarrollos un no vigilante e inconmovible, presta un servicio no solamente a la pureza de la fe, sino también a la salud y fuerza vital de su pueblo.

6. NINGUNA ADULTERACIÓN DE NOCIONES Y TÉRMINOS SAGRADOS

26. Venerables hermanos, ejerced particular vigilancia cuando conceptos religiosos fundamentales son vaciados de su contenido genuino y son aplicados a significados profanos.

27. Revelación, en sentido cristiano, significa la palabra de Dios a los hombres. Usar este término para indicar las sugestiones que provienen de la sangre y de la raza o la irradiaciones de la historia de un pueblo es, en todo caso, causar desorientaciones. Estas monedas falsas no merecen pasar al tesoro lingüístico de un fiel cristiano.

28. La fe consiste en tener por verdadero lo que Dios ha revelado y que por medio de la Iglesia manda creer: es demostración de las cosas que vemos (Heb 11,1). La confianza, risueña y altiva, sobre el porvenir del propio pueblo, cosa grata a todos, significa algo bien distinto de la fe en sentido religioso. El usar una por otra, el querer sustituir la una por la otra y pretender con esto ser considerado como «creyente» por un cristiano convencido, es un mero juego de palabras, una confusión de términos a sabiendas, o incluso algo peor.

29. La inmortalidad, en sentido cristiano, es la sobrevivencia del hombre después de la muerte terrena, como individuo personal, para la eterna recompensa o para el eterno castigo. Quien con la palabra inmortalidad no quiere expresar más que una supervivencia colectiva en la continuidad del propio pueblo, para un porvenir de indeterminada duración en este mundo, pervierte y falsifica una de las verdades fundamentales de la fe cristiana y conmueve los cimientos de cualquier concepción religiosa, la cual requiere un ordenamiento moral universal. Quien no quiere ser cristiano debería al menos renunciar a enriquecer el léxico de su incredulidad con el patrimonio lingüístico cristiano.

30. El pecado original es la culpa hereditaria, propia, aunque no personal, de cada uno de los hijos de Adán, que en él pecaron (cf. Rom 5,12); es pérdida de la gracia — y, consiguientemente, de la vida eterna— con la propensión al mal, que cada cual ha de sofocar por medio de la gracia, de la penitencia, de la lucha y del esfuerzo moral. La pasión y muerte del Hijo de Dios redimió al mundo de la maldita herencia del pecado y de la muerte. La fe en estas verdades, hechas

hoy objeto de vil escarnio por parte de los enemigos de Cristo en vuestra patria, pertenece al inalienable depósito de la religión cristiana.

31. La cruz de Cristo, aunque que su solo nombre haya llegado a ser para muchos locura y escándalo (cf 1Cor 1,23), sigue siendo para el cristiano la señal sacrosanta de la redención, la bandera de la grandeza y de la fuerza moral. A su sombra vivimos, besándola morimos; sobre nuestro sepulcro estará como pregonera de nuestra fe, testigo de nuestra esperanza, aspiración hacia la vida eterna.

32. La humildad en el espíritu del Evangelio y la impetración del auxilio divino se compaginan bien con la propia dignidad, con la seguridad de sí mismo y con el heroísmo. La Iglesia de Cristo, que en todos los tiempos, hasta en los más cercanos a nosotros, cuenta más confesores y heroicos mártires que cualquier otra sociedad moral, no necesita, ciertamente, recibir de algunos campos enseñanzas sobre el heroísmo de los sentimientos y de los actos. En su necio afán de ridiculizar la humildad cristiana como una degradación de sí mismo y como una actitud cobarde, la repugnante soberbia de estos innovadores no consigue más que hacerse ella misma ridícula.

33. Gracia, en sentido lato, puede llamarse todo lo que el Creador otorga a la criatura. Pero la gracia, en el propio sentido cristiano de la palabra, comprende solamente los dones gratuitos sobrenaturales del amor divino, la dignación y la obra por la que Dios eleva al hombre a aquella íntima comunicación de su vida, que en el Nuevo Testamento se llama filiación de Dios. Ved qué amor nos ha mostrado el Padre: que seamos llamados hijos de Dios, y lo seamos en realidad (1Jn 3,1). Rechazar esta elevación sobrenatural a la gracia por una pretendida peculiaridad del carácter alemán, es un error, una abierta declaración de guerra a una verdad fundamental del cristianismo. Equiparar la gracia sobrenatural a los dones de la naturaleza equivale a violentar el lenguaje creado y santificado

por la religión. Los pastores y guardianes del pueblo de Dios harán bien en oponerse a este hurto sacrílego y a este empeño por confundir los espíritus.

7. DOCTRINA Y ORDEN MORAL

34. Sobre la fe en Dios, genuina y pura, se funda la moralidad del género humano. Todos los intentos de separar la doctrina del orden moral de la base granítica de la fe, para reconstruirla sobre la arena movediza de normas humanas, conducen, pronto o tarde, a los individuos y a las naciones a la decadencia moral. El necio que dice en su corazón: No hay Dios, se encamina a la corrupción moral (Sal 13[14],1). Y estos necios, que presumen separar la moral de la religión, constituyen hoy legión. No se percatan, o no quieren percatarse, de que, el desterrar de las escuelas y de la educación la enseñanza confesional, o sea, la noción clara y precisa del cristianismo, impidiéndola contribuir a la formación de la sociedad y de la vida pública, es caminar al empobrecimiento y decadencia moral. Ningún poder coercitivo del Estado, ningún ideal puramente terreno, por grande y noble que en sí sea, podrá sustituir por mucho tiempo a los estímulos tan profundos y decisivos que provienen de la fe en Dios y en Jesucristo. Si al que es llamado a las empresas más arduas, al sacrificio de su pequeño yo en bien de la comunidad, se le quita el apoyo moral que le viene de lo eterno y de lo divino, de la fe ennoblecedora y consoladora en Aquel que premia todo bien y castiga todo mal, el resultado final para innumerables hombres no será ya la adhesión al deber, sino más bien la deserción. La observancia concienzuda de los diez mandamientos de la ley de Dios y de los preceptos de la Iglesia — estos últimos, en definitiva, no son sino disposiciones derivadas de las normas del Evangelio— , es para todo individuo una incomparable escuela de disciplina orgánica, de vigorización moral y de formación del carácter. Es una escuela que exige mucho, pero no más de lo que podemos. Dios misericordioso, cuando ordena como legislador: «Tú debes», da con su gracia la posibilidad de ejecutar su mandato. El dejar, por consiguiente,

inutilizadas las energías morales de tan poderosa eficacia o el obstruirles a sabiendas el camino en el campo de la instrucción popular, es obra de irresponsables, que tiende a producir una depauperación religiosa en el pueblo. El solidarizar la doctrina moral con opiniones humanas, subjetivas y mudables en el tiempo, en lugar de cimentarla en la santa voluntad de Dios eterno y en sus mandamientos, equivale a abrir de par en par las puertas a las fuerzas disolventes. Por lo tanto, fomentar el abandono de las normas eternas de una doctrina moral objetiva, para la formación de las conciencias y para el ennoblecimiento de la vida en todos sus planos y ordenamientos, es un atentado criminal contra el porvenir del pueblo, cuyos tristes frutos serán muy amargos para las generaciones futuras.

8. RECONOCIMIENTO DEL DERECHO NATURAL

35. Es una nefasta característica del tiempo presente querer desgajar no solamente la doctrina moral, sino los mismos fundamentos del derecho y de su aplicación, de la verdadera fe en Dios y de las normas de la relación divina. Fíjase aquí nuestro pensamiento en lo que se suele llamar derecho natural, impreso por el dedo mismo del Creador en las tablas del corazón humano (cf. Rom 2,14-15), y que la sana razón humana no obscurecida por pecados y pasiones es capaz de descubrir. A la luz de las normas de este derecho natural puede ser valorado todo derecho positivo, cualquiera que sea el legislador, en su contenido ético y, consiguientemente, en la legitimidad del mandato y en la obligación que implica de cumplirlo. Las leyes humanas, que están en oposición insoluble con el derecho natura, adolecen de un vicio original, que no puede subsanarse ni con las opresiones ni con el aparato de la fuerza externa. Según este criterio, se ha de juzgar el principio: «Derecho es lo que es útil a la nación». Cierto que a este principio se le puede dar un sentido justo si se entiende que lo moralmente ilícito no puede ser jamás verdaderamente ventajoso al pueblo. Hasta el antiguo paganismo reconoció que, para ser justa, esta frase debía ser cambiada y decir:

«Nada hay que sea ventajoso si no es al mismo tiempo moralmente bueno; y no por ser ventajoso es moralmente bueno, sino que por ser moralmente bueno es también ventajoso [Cicerón, De officiis III, 30). Este principio, desvinculado de la ley ética, equivaldría, por lo que respecta a la vida internacional, a un eterno estado de guerra entre las naciones; además, en la vida nacional, pasa por alto, al confundir el interés y el derecho, el hecho fundamental de que el hombre como persona tiene derechos recibidos de Dios, que han de ser defendidos contra cualquier atentado de la comunidad que pretendiese negarlos, abolirlos o impedir su ejercicio. Despreciando esta verdad se pierde de vista que, en último término, el verdadero bien común se determina y se conoce mediante la naturaleza del hombre con su armónico equilibrio entre derecho personal y vínculo social, como también por el fin de la sociedad, determinado por la misma naturaleza humana. El Creador quiere la sociedad como medio para el pleno desenvolvimiento de las facultades individuales y sociales, del cual medio tiene que valerse el hombre, ora dando, ora recibiendo, para el bien propio y el de los demás. Hasta aquellos valores más universales y más altos que solamente pueden ser realizados por la sociedad, no por el individuo, tienen, por voluntad del Creador, como fin último el hombre, así como su desarrollo y perfección natural y sobrenatural. El que se aparte de este orden conmueve los pilares en que se asienta la sociedad y pone en peligro la tranquilidad, la seguridad y la existencia de la misma.

36. El creyente tiene un derecho inalienable a profesar su fe y a practicarla en la forma más conveniente a aquélla. Las leyes que suprimen o dificultan la profesión y la práctica de esta fe están en oposición con el derecho natural.

37. Los padres, conscientes y conocedores de su misión educadora, tienen, antes que nadie, derecho esencial a la educación de los hijos, que Dios les ha dado, según el espíritu de la verdadera fe y en consecuencia con sus principios y sus prescripciones. Las leyes y demás disposiciones semejantes que no tengan en

cuenta la voluntad de los padres en la cuestión escolar, o la hagan ineficaz con amenazas o con la violencia, están en contradicción con el derecho natural y son íntima y esencialmente inmorales.

38. La Iglesia, que tiene como misión guardar e interpretar el derecho natural, divino en su origen, tiene el deber de declarar que son efecto de la violencia, y, por lo tanto, sin valor jurídico alguno, las inscripciones escolares hechas en un pasado reciente en una atmósfera de notoria carencia de libertad.

9. A LA JUVENTUD

39. Representantes de Aquel que en el Evangelio dijo a un joven: Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt 19,17), Nos dirigimos una palabra particularmente paternal a la juventud.

40. Por mil voces se os repite al oído un Evangelio que no ha sido revelado por el Padre celestial; miles de plumas escriben al servicio de una sombra de cristianismo, que no es el cristianismo de Cristo. La prensa y la radio os inundan a diario con producciones de contenido opuesto a la fe y a la Iglesia y, sin consideración y respeto alguno, atacan lo que para vosotros debe ser sagrado y santo.

41. Sabemos que muchísimos de vosotros, por ser fieles a la fe y a la Iglesia y por pertenecer a asociaciones religiosas, tuteladas por el Concordato, habéis tenido y tenéis que soportar trances duros de desprecio, de sospechas, de vituperios, acusados de antipatriotismo, perjudicados en vuestra vida profesional y social. Y bien sabemos que se cuentan en vuestras filas muchos desconocidos soldados de Cristo que, con el corazón dolorido, pero con la frente erguida, sobrellevan su suerte y buscan alivio solamente en la consideración de que sufren afrentas por el nombre de Jesús (cf Hech 5,41).

42. Y hoy, cuando amenazan nuevos peligros y nuevas tensiones, Nos decimos a esta juventud: «Si alguno os quisiere anunciar un Evangelio distinto del que recibisteis» sobre el regazo de una madre piadosa, de los labios de un padre creyente, por las instrucciones de un educador fiel a Dios y a su Iglesia, ese tal sea anatema (Gál 1,9). Si el Estado organiza a la juventud en asociación nacional obligatoria para todos, en ese caso, dejando a salvo siempre los derechos de las asociaciones religiosas, los jóvenes tienen el derecho obvio e inalienable, y con ellos sus padres, responsables de ellos ante Dios, de exigir que esta asociación esté libre de toda tendencia hostil a la fe cristiana y a la Iglesia; tendencia que hasta un pasado muy reciente y aun hasta el presente angustia a los padres creyentes con un insoluble conflicto de conciencia, por cuanto no pueden dar al Estado lo que se les pide en nombre del Estado, sin quitar a Dios lo que a Dios pertenece.

43. Nadie piensa en poner tropiezos a la juventud alemana en el camino que debiera conducirla a la realización de una verdadera unidad nacional y a fomentar un noble amor por la libertad y una inquebrantable devoción a la patria. A lo que Nos nos oponemos y nos debemos oponer es al antagonismo voluntaria y sistemáticamente suscitado entre las preocupaciones de la educación nacional y de las propias del deber religioso. Por esto, Nos decimos a esta juventud: Cantad vuestros himnos de libertad, mas no olvidéis que la verdadera libertad es la libertad de los hijos de Dios. No permitáis que la nobleza de esta insustituible libertad desaparezca en los grilletes serviles del pecado y de la concupiscencia. No es lícito a quien canta el himno de la fidelidad a la patria terrena convertirse en tránsfuga y traidor con la infidelidad a su Dios, a su Iglesia y a su patria eterna. Os hablan mucho de grandeza heroica, contraponiéndola osada y falsamente a la humildad y a la paciencia evangélica, pero ¿por qué os ocultan que se da también un heroísmo en la lucha moral, y que la conservación de la pureza bautismal representa una acción heroica, que

debería ser apreciada como merece, tanto en el campo religioso como en el natural? Os hablan de las fragilidades humanas en la historia de la Iglesia, pero ¿por qué os ocultan las grandes gestas que la acompañan a lo largo de los siglos, los santos que ha producido, los beneficios que la civilización occidental recibió de la unión vital entre la Iglesia y vuestro pueblo? Os hablan mucho de ejercicios deportivos, los cuales, si se usan en una bien entendida medida, dan gallardía física, que es un beneficio para la juventud. Pero hoy se les señala, con frecuencia, una extensión que no tiene en cuenta ni la formación integral y armónica del cuerpo y del espíritu, ni el conveniente cuidado de la vida de familia, ni el mandamiento de santificar el día del Señor. Con una indiferencia rayana en el desprecio, se despoja al día del Señor de su carácter sagrado y de su recogimiento que corresponde a la mejor tradición alemana. Esperamos confiados que los jóvenes alemanes católicos reivindicarán explícitamente, en el difícil ambiente de las organizaciones obligatorias del Estado, su derecho a santificar cristianamente el día del Señor; que el cuidado de robustecer el cuerpo no les hará olvidar su alma inmortal; que no se dejarán vencer por el mal, sino que más bien procurarán ahogar el mal con el bien (Rom 12,21); que seguirán considerando como meta altísima suya la corona de la victoria en el estadio de la vida eterna (1Cor 9,24-25).

10. SACERDOTES Y RELIGIOSOS

44. Dirigimos una palabra de particular gratitud y de exhortación a los sacerdotes de Alemania, a los cuales, con sumisión a sus Obispos, corresponde mostrar a la grey de Cristo los rectos senderos, en tiempos difíciles y en circunstancias duras, con la solicitud diaria, con la paciencia apostólica. No os canséis, amados hijos y partícipes de los divinos misterios, de seguir al eterno Sumo Sacerdote Jesucristo en su amor y oficio de buen samaritano. Caminad de continuo en una conducta inmaculada ante Dios, en una incesante autodisciplina y perfeccionamiento, en un amor misericordioso para todos los

que os han sido confiados, especialmente para con los que peligran, los débiles y los vacilantes. Sed guías para los fieles, apoyo para los que titubean, maestros para los que dudan, consoladores para los afligidos, bienhechores desinteresados y consejeros para todos. Las pruebas y los sufrimientos por que ha pasado vuestro pueblo en el periodo de la posguerra, no pasaron sin dejar huellas en su alma. Os han dejado angustias y amarguras, que sólo paulatinamente podrán curarse y ser superadas por un espíritu de amor desinteresado y operante. Este amor, que es la armadura indispensable al apóstol, especialmente en el mundo presente, agitado y trastornado, Nos lo deseamos y lo imploramos de Dios para vosotros en medida copiosa. El amor apostólico, si no logra haceros olvidar, por lo menos os hará perdonar muchas amarguras inmerecidas que, en vuestro camino de sacerdotes y de pastores de almas, son hoy más numerosas que nunca. Por lo demás, este amor inteligente y misericordioso para con los descarriados y para con los mismos que os ultrajan no significa, ni en manera alguna puede significar, renuncia a proclamar, a hacer valer y a defender con valentía la verdad, y a aplicarla a la realidad que os rodea. El primero y más obvio don amoroso del sacerdote al mundo es servirle la verdad, la verdad toda entera; desenmascarar y refutar el error, cualquiera que sea su forma o su disfraz. La renuncia a esto sería no solamente una traición a Dios y a vuestra santa vocación, sino un delito en lo tocante al verdadero bienestar de vuestro pueblo y de vuestra patria. A todos aquellos, que han conservado para con sus obispos la fidelidad prometida en la ordenación, a aquellos que en el cumplimiento de su oficio pastoral han tenido y tienen que soportar dolores y persecuciones —algunos hasta ser encarcelados o mandados a campos de concentración— , a todos ellos llegue la expresión de la gratitud y el encomio del Padre de la Cristiandad.

45. Y Nuestra gratitud paterna se extiende igualmente a los religiosos de ambos sexos; una gratitud unida a una participación íntima por el hecho de que, a consecuencia de medidas contra las Ordenes y Congregaciones religiosas, muchos han sido arrancados del campo de una actividad bendita y para ellos gratísima.

Si algunos han sucumbido y se han mostrado indignos de su vocación, sus yerros, condenados también por la Iglesia, no disminuyen el mérito de la grandísima mayoría que con desinterés y pobreza voluntaria se han esforzado por servir con plena entrega a su Dios y a su pueblo. El celo, la fidelidad, el esfuerzo en perfeccionarse, la solícita caridad para con el prójimo y la prontitud bienhechora de aquellos religiosos cuya actividad se desenvuelve en los cuidados pastorales, en los hospitales y en la escuela, son y siguen siendo gloriosa aportación al bienestar privado y público; un futuro tiempo más tranquilo les hará justicia más que el turbulento que atravesamos. Nos tenemos confianza de que los superiores de las comunidades religiosas tomarán pie de las dificultades y pruebas presentes para implorar del Omnipotente nueva lozanía y nueva fertilidad sobre el duro campo de su trabajo por medio de un redoblado celo, de una vida espiritual profunda, de una santa gravedad conforme a su vocación y de una genuina disciplina regular.

11. A LOS FIELES SEGLARES

46. Se ofrecen a nuestra vista, en inmenso desfile, nuestros amados hijos e hijas, a quienes los sufrimientos de la Iglesia en Alemania y los suyos nada han quitado de su entrega a la causa de Dios, nada de su tierno afecto hacia el Padre de la Cristiandad, nada de su obediencia a los obispos y sacerdotes, nada de su alegre prontitud en permanecer en lo sucesivo, pase lo que pase, fieles a lo que han creído y a lo que han recibido como preciosa herencia de sus antepasados. Con corazón conmovido les enviamos nuestro paternal saludo.

47. Y en prime lugar, a los miembros de las asociaciones católicas, que con valentía y a costa de sacrificios, a menudo dolorosos, se han mantenido fieles a Cristo y no han estado jamás dispuestos a ceder en aquellos derechos que un solemne pacto había auténticamente garantizado a la Iglesia y a ellos.

48. Un saludo particularmente cordial va también a los padres católicos. Sus derechos y sus deberes en la educación de los hijos que Dios les ha dado están en el punto agudo de una lucha tal que no se puede imaginar otra mayor. La Iglesia de Cristo no puede comenzar a gemir y a lamentarse solamente cuando se destruyen los altares y manos sacrílegas incendian los santuarios. Cuando se intenta profanar, con una educación anticristiana, el tabernáculo del alma del niño, santificada por el bautismo; cuando se arranca de este templo vivo de Dios la antorcha de la fe y en su lugar se coloca la falsa luz de un sustitutivo de la fe, que no tiene nada que ver con la fe de la cruz, entonces ya está inminente la profanación espiritual del templo, y es deber de todo creyente separar claramente su responsabilidad de la parte contraria, y su conciencia de toda pecaminosa colaboración en tan nefasta destrucción. Y cuanto más se esfuercen los enemigos en negar o disimular sus turbios designios, tanto más necesaria es una avisada desconfianza y una vigilancia precavida, estimulada por una amarga experiencia. La conservación meramente formularia de una instrucción religiosa — por otra parte controlada y sojuzgada por gente incompetente— en el ambiente de una escuela que en otros ramos de la instrucción trabaja sistemática y rencorosamente contra la misma religión, no puede nunca ser título justificativo para que un cristiano consienta libremente en tal clase de escuela, destructora para la religión. Sabemos, queridos padres católicos, que no es el caso de hablar, con respecto a vosotros, de un semejante consentimiento, y sabemos que una votación libre y secreta entre vosotros equivaldría a un aplastante plebiscito en favor de la escuela confesional. Y por esto no nos cansaremos tampoco en lo futuro de echar en cara francamente a las autoridades responsables la ilegalidad de las medidas violentas que hasta ahora se han tomado, y el deber que tienen de permitir la libre manifestación de la voluntad. Entretanto, no os olvidéis de esto: ningún poder terreno puede eximiros del vínculo de responsabilidad, impuesto por Dios, que os une con vuestros hijos. Ninguno de los que hoy oprimen vuestro derecho a la educación y pretenden sustituiros en vuestros deberes de educadores podrá responder por vosotros al

Juez eterno, cuando le dirija la pregunta: ¿Dónde están los que yo te di? Que cada uno de vosotros pueda responder: No he perdido a ninguno de los que me diste (Jn 18,9).

49. Venerables hermanos, estamos ciertos de que las palabras que Nos os dirigimos, y por vuestro conducto a los católicos del Reich alemán, encontrarán, en esta hora decisiva, en el corazón y en las acciones de nuestros fieles hijos un eco correspondiente a la solicitud amorosa del Padre común. Si hay algo que Nos imploramos del Señor con particular fervor, es que nuestras palabras lleguen también a los oídos y al corazón de aquellos que han empezado a dejarse prender por las lisonjas y por las amenazas de los enemigos de Cristo y de su santo Evangelio y que les hagan reflexionar.

50. Hemos pesado cada palabra de esta encíclica en la balanza de la verdad y, al mismo tiempo, del amor. No queríamos, con un silencio inoportuno, ser culpables de no haber aclarado la situación, ni de haber endurecido con un rigor excesivo el corazón de aquellos que, estando confiados a nuestra responsabilidad pastoral, no nos son menos amados porque caminen ahora por las vías del error y porque se hayan alejado de la Iglesia. Aunque muchos de éstos, acostumbrados a los modos del nuevo ambiente, no tienen sino palabras de ingratitud y hasta de injuria para la casa paterna y para el Padre mismo; aunque olvidan cuán precioso es lo que ellos han despreciado, vendrá el día en que el espanto que sentirán por su alejamiento de Dios y por su indigencia espiritual pesará sobre estos hijos hoy perdidos, y la añoranza nostálgica los conducirá de nuevo al Dios que alegró su juventud (Sal 42[43],4), y a la Iglesia, cuya mano materna les enseñó el camino hacia el Padre celestial. Acelerar esta hora es el objeto de nuestras incesantes plegarias.

51. Como otras épocas de la Iglesia, también ésta será precursora de nuevos progresos y de purificación interior, cuando la fortaleza en la profesión de la fe

y la prontitud en afrontar los sacrificios por parte de los fieles de Cristo sean lo bastante grandes para contraponer a la fuerza material de los opresores de la Iglesia la adhesión incondicional a la fe, la inquebrantable esperanza, anclada en lo eterno, la fuerza arrolladora de una caridad activa. El sagrado tiempo a la Cuaresma y de Pascua, que invita al recogimiento y a la penitencia y hace al cristiano volver los ojos más que nunca a la cruz, así como también al esplendor del Resucitado, sea para todos y para cada uno de vosotros una ocasión, que acogeréis con gozo y aprovecharéis con ardor, para llenar toda el alma con el espíritu heroico, paciente y victorioso que irradia de la cruz de Cristo. Entonces los enemigos de Cristo — estamos seguros de ello— , que en vano sueñan con la desaparición de la Iglesia, reconocerán que se han alegrado demasiado pronto y que han querido sepultarla demasiado deprisa. Entonces vendrá el día en que, en vez de prematuros himnos de triunfo de los enemigos de Cristo, se elevará al cielo, de los corazones y de los labios de los fieles el Te Deum de la liberación, un Te Deum de acción de gracias al Altísimo, un Te Deum de júbilo, porque el pueblo alemán, hasta en sus mismos miembros descarriados, habrá encontrado el camino de la vuelta a la religión; con una fe purificada por el dolor, doblará nuevamente su rodilla en presencia del Rey del tiempo y de la eternidad, Jesucristo, y se dispondrá a luchar — contra los que niegan a Dios y destruyen el Occidente cristiano— en armonía con todos los hombres bienintencionados de las otras naciones y a cumplir la misión que le han asignado los planes del Eterno.

52. Aquel, que sondea los corazones y los deseos (Sal 7,10) nos es testigo de que Nos no tenemos aspiración más íntima que la del restablecimiento de una paz verdadera entre la Iglesia y el Estado en Alemania. Pero si la paz, sin culpa nuestra, no viene, la Iglesia de Dios defenderá sus derechos y sus libertades, en nombre del Omnipotente, cuyo brazo aun hoy no se ha abreviado. Llenos de confianza en El, no cesamos de rogar y de invocar (Col 1,9) por vosotros, hijos de la Iglesia, para que se acorten los días de la tribulación, y para que seáis

hallados fieles en el día de la prueba, y para que aun a los mismos perseguidores y opresores les conceda el Padre de toda luz y de toda misericordia la hora del arrepentimiento para sí y para muchos que con ellos han errado y yerran.

Con esta plegaria en el corazón y en los labios, Nos impartimos, como prenda de la ayuda divina, como apoyo en vuestras decisiones difíciles y llenas de responsabilidad, como lenitivo en el dolor, a vosotros, obispos, pastores de vuestro pueblo fiel, a los sacerdotes, a los religiosos, a los apóstoles seglares de la Acción Católica y a todos vuestros diocesanos, y en señalado lugar a los enfermos y prisioneros, con amor paternal la Bendición Apostólica.

Dado en el Vaticano, en la dominica de Pasión, 14 de marzo de 1937.

PIUS PP.XI

Anexos.

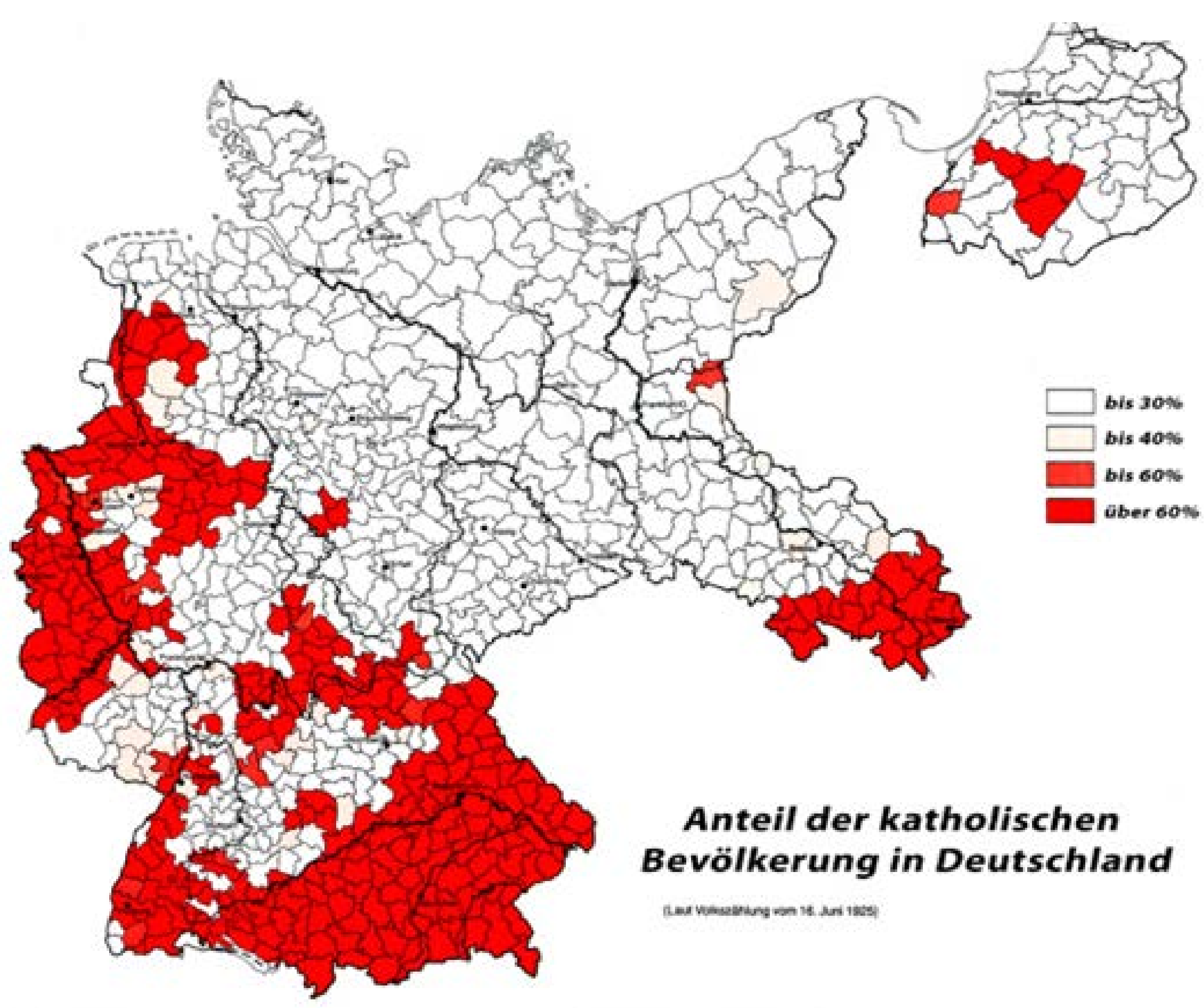


Fig. 1. En rojo, las zonas de Alemania donde por lo menos el 60% de la población era católica. (1925)

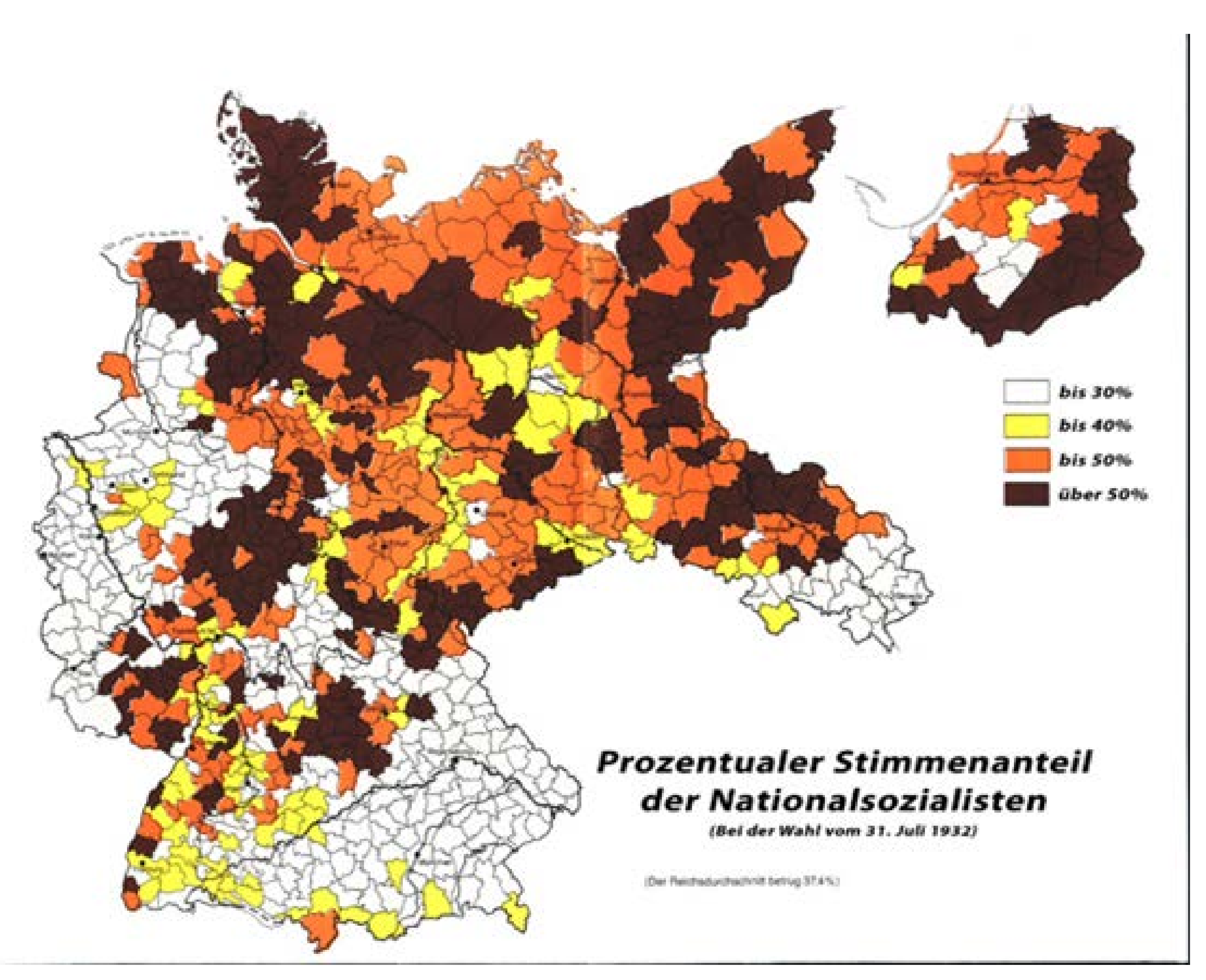


Fig. 2. En blanco, las zonas donde los votos a Hitler fueron hasta el 30% de los votantes. En amarillo, hasta el 40% de los votantes. En naranja, hasta el 50% de los votantes. En café, más del 50% de los votantes votaron a Hitler. Es evidente que las zonas predominantemente católicas no le tenían confianza.



Fig. 3. Cartel propagandístico nazi, que dice: "La lucha de Hitler y la enseñanza de Lutero, buena defensa para el pueblo alemán"

(Hitler's Kampf und Luther's Lehr Des deutschen Volkes gute Wehr)

Salta a la vista que Hitler prefería atraerse y relacionarse con un heresiarca que inició el nacionalismo racista alemán.